

# SOCIOLOGIA DE LA ILUSTRACION FRANCESA

## I. LOS SUPUESTOS

Toda sociedad es una unidad, en que cada parte está solidariamente referida a las otras, constituyendo así elemento y resultante, factor y producto al par. Cuando las partes son hechos eminentes parecen desprenderse de la totalidad, y poder examinarse por sí mismas. No discuto la legitimidad de tal empeño. Lo que postulo es que una comprensión exacta de la inteligencia, y mucho más de la inteligencia político y social, requiere un conocimiento de la realidad que es su base y complemento. En nuestro caso, la Ilustración francesa forma parte del despliegue de la sociedad moderna en su conjunto y, de modo específico, del desenvolvimiento de la sociedad francesa. Una sociología de la inteligencia no queda adjetiva a la inteligencia misma.

Dando por supuesto un conocimiento sumario de la sociedad y vida inglesas, vecinas e influyentes en la que vamos a considerar, destaquemos sólo, como preámbulo a justificar, que en Francia, al comienzo de la época moderna, la situación es en unos respectos análoga y en otros distinta de Inglaterra (1). Análoga, porque tampoco hay una brusca cesura con la Edad Media ni con la organización económico-social que ella comporta, y existe un poder real que, aunque continuación de la monarquía medieval, «posee otras prerrogativas, ocupa otro lugar, tiene un espíritu distinto, inspira otros sentimientos». Distinta, porque la total evolución social se produce con otro ritmo y estilo. Tocqueville ya lo advirtió con singular precisión. Mientras Inglaterra supo introducir modi-

---

(1) El artículo que sigue constituye, en sustancia, el capítulo V de la obra en prensa *Historia de la estructura y del pensamiento social*. Se ha acortado el texto y suprimido el aparato de notas, dejando sólo las referencias indispensables para hacerlo inteligible.

ficaciones, poco a poco y con arte, en el viejo cuerpo medieval, dando vigor a las formas antiguas y haciendo que en ello cooperaran las fuerzas sociales nuevas; en Francia, las antiguas formas fueron disolviéndose y cayendo en decrepitud, y sobre ellas se alzó un poder político que aspiró a regir todo el conjunto desde un centro. De este modo, «la Inglaterra del siglo XVII es ya una nación completamente moderna que únicamente ha conservado en su seno, y como embalsamado, algunos restos de la Edad Media», mientras que en Francia hay una tensión singular y no resuelta entre tradición muerta y modernidad, entre realidad y exigencia o, si se quiere, y tal como lo expresó la época, entre poder constituido y orden natural de la sociedad. La dialéctica entre sociedad moderna y Estado se marcó en toda su potencia, y había de provocar, en su despliegue, consecuencias inéditas.

Pero no adelantemos acontecimientos. Contemplemos detalladamente el suceso. Consideremos la vida económica y social del país que nos ocupa.

1. Indiquemos, en primer lugar, que en el siglo XVII y bien avanzado el XVIII, la economía y la vida francesas tenían su base en el campo. Y que en el campo, como ha dicho Marc Bloch, «la vieja armadura» continuaba sin sufrir «una transformación total». Tan sólo pueden constatarse dos modificaciones importantes. De un lado, jurídicamente, la decadencia de las justicias señoriales y la transformación de la servidumbre agraria. De otro, económicamente, la crisis de las fortunas señoriales. En la primera influye, bien directa o indirectamente, la constitución del Estado centralizado. La complicación del sistema jurídico, y una regla precisa vigente desde el XVI, impidieron al señor desempeñar personalmente las funciones judiciales. Era necesario un técnico, que se pagaba en dinero. Los tribunales del Estado extienden, además, su competencia. Ahora bien, «la misma transformación de la estructura social que se expresa por la acción cada vez mayor del Estado y de sus tribunales, se vuelve a econtrar en la raíz de las vicisitudes que sufre la servidumbre» (M. Bloch). El movimiento general, determinado por múltiples causas, fué la liberación de los siervos. La influencia del derecho romano ha sido constatada múltiples veces (2).

---

(2) M. BLOCH: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, I, 2.ª edición, págs. 107 y sigs.

La otra transformación es la crisis de las fortunas señoriales y la transmisión de muchas tierras nobles a los burgueses y campesinos. La aristocracia sufre la depreciación del dinero y el aumento de los precios y «tiene que recurrir a los burgueses provistos de numerario, recibir préstamos en dinero, e hipotecar sus tierras. Llega un momento en que tiene que vender sus bienes y aún señoríos a sus prestamistas» (3). La extensión de tierras en poder de los nobles varía mucho de provincia a provincia. La proporción es mayor en el Oeste que en el Este, y más débil en las cercanías de las ciudades que en los lugares apartados. Además, muchas tierras, en una proporción difícil de establecer, han pasado a manos de los cultivadores mismos. M. Bloch ha examinado cuidadosamente este fenómeno. A veces, la extensión del terreno es mínima, más como el número de los poseedores es considerable, el fenómeno tiene una decisiva importancia en el régimen agrario y en la estructura social de Francia. El hecho llamará la atención de uno de los primeros viajeros «modernos»: Arthur Young. «No tenía ni idea, nos dice repetidamente, de un tal estado de cosas» (4). *Et, en effet, un pareil état de choses ne se trouvait alors nulle part ailleurs qu'en France, ou dans son voisinage le plus proche*, Tocqueville apostilla (5).

En todo caso, ninguno de estos hechos borra la realidad eminente, señalada muchas veces, que el «régimen señorial, tal como se había fijado en la Edad Media, se perpetúa hasta la Revolución» (6). Las obligaciones del campesino, respecto al señor, varían muchos según los sitios. Las cargas feudales —*aveu, censes, corvées, redevances en nature, rachat, banalités du moulin, du four et du pressoir*, etc., etc.— continúan. La situación sigue siendo opresiva. A agravarla vinieron los impuestos del Estado. Los campesinos son casi los únicos que pagan la «talla» en sus dos formas: talla real y personal. Incluso los impuestos nuevos («capitación» y «diezmo») revierten también sobre ellos. A lo anterior hay que unir la tasa de artículos: la gabela, sobre todo la gabela sobre la sal; lo que se les debe a los clérigos, etc. De este modo,

(3) Vid. en J. LOCKE: *Travels in France*, ed. J. Lough, 1953, pág. 3, los efectos en los alrededores de Lyon.

(4) A. YOUNG: *Travels in France*, ed. C. Maxwell, 1929, pág. 295.

(5) A. TOCQUEVILLE: *L'Ancien Régime et la Revolution*, Oeuvres, ed. J. P. Mayer, II, 1, 1952, pág. 101.

(6) H. SÉE: *Histoire économique de la France*, I, 1948, pág. 182.

el régimen señorial ha continuado, y la aparición del Estado moderno sólo lo ha dulcificado en unos respectos; en otros, lo ha agravado.

La persistencia de la Edad Media respecto al campo se manifiesta también en el modo de explotar las tierras. En tal aspecto se ha avanzado muy poco. De un lado, por la situación económica. El campesino, agobiado por las cargas señoriales y fiscales, no tiene reservas para mejorar el cultivo. Ya Vauban se apercibió de ello. *Il est donc manifeste que la première cause de la diminution des biens de la campagne est le défaut de culture, et que le défaut provient de la manière d'imposer les tailles et de les lever* (7). Y A. Young capitalizará el acre de tierra francesa en una media de 40 chelines, encontrando una diferencia de 3 libras y 10 chelines respecto al capital empleado en un acre de tierra inglesa (8). Por otro lado, la técnica agrícola no ha avanzado. «Los procedimientos de cultivo son, en casi todos los sitios, muy primitivos, y los progresos muy lentos, si se exceptúan las regiones más ricas y fértiles» (9). En la mayor parte de las regiones, el cultivo intensivo era desconocido. El sistema de rotación no se había introducido, y el suelo se tenía que dejar en barbecho un año cada tres, o un año sí y otro no, según los sitios. Se calcula que, por esta causa, dos quintos por lo menos de las tierras laborables quedaban anualmente improductivos. El suelo no era trabajado con bastante profundidad. El arado era primitivo. El ganado era escaso: faltaban abonos animales. Se quería compensar lo anterior con un exceso de semilla, y, con ello, no sólo se perdía grano, las espigas nacían demasiado espesas y el fruto no tenía suficiente sol. En todo caso, los rendimientos eran mínimos. Algunos cultivos parecían más prósperos, por ejemplo, el de la viña. *C'est la vigne qui fait la richesse du royaume*, dice el diputado de Nantes en su informe (10). «El cultivo de la viña es mejor que el del trigo», subraya Young (11). Pero también aquí se tropieza con inconvenientes. La falta de buenas comu-

(7) M. DE VAUBAN: *Projet d'une Dixme royale*, ed. E. Coornaert, 1933, páginas 28 y sigs.

(8) YOUNG: *Travels*, cit., pág. 287.

(9) SÉE: *Histoire*, cit., I, pág. 195.

(10) A. M. DE BOISLISLE: *Correspondence des Contrôleurs généraux des finances avec les Indentants des provinces*, II, pág. 488.

(11) YOUNG: *Travels*, cit., pág. 294.

nicaciones hace que no se obtenga el provecho debido. En general, no sólo falta el cultivo intensivo, sino la especialización. El cultivador «hace de todo».

Lo anterior es más grave dado el aumento de población que tiende a superar las subsistencias. Las crisis económicas se producen periódicamente y afectan a todos, pero mucho más a las capas ínfimas, sobre todo a los campesinos. «La muerte hiere el campo más que a la ciudad». Son, de un lado, los períodos de hambre que constatan los historiadores: 1629-1630, 1648-1649, 1660-1661, 1693-1694, para limitarnos al siglo XVII. Pero son también las pequeñas crisis: no hay año sin hambre en alguna provincia. Indudablemente, la situación puede matizarse, porque en el mismo lugar existen diversos grados sociales y económicos. Pero el resultado general es sombrío. Todo ello da lugar a revueltas campesinas, casi continuas. El Estado no permanece indiferente a estos problemas: muchas veces, el monarca interviene directamente a favor del campesino; otras, favorece la obra de los señores; pero, en todo caso, su acción es insuficiente. Y el resultado general es que el campesino que, formalmente, había ganado con la constitución del poder central, materialmente tiene una situación sórdida (12). Hay un divorcio entre el fausto y refinamiento de la corte francesa y la realidad natural, entre forma y contenido, o entre poder y elementos económicos sociales a su base. La mente nueva no dejará de apreciarlo. Los fisiócratas lo elevarán a teoría.

Pero de ello trataremos después. Continuemos nuestra exposición. Hemos dicho que el prestigio y la solidez de la propiedad agraria habían hecho que muchos burgueses enriquecidos adquiriesen fundos. No sabemos exactamente la proporción del fenómeno, aunque en algunas regiones tengamos datos aproximados. En todo caso, es indudable que el centro de la vida del burgués francés, como el de toda la burguesía europea, es la ciudad, y sus fuentes de riqueza originarias (ya veremos qué queremos decir con este término) son industria y comercio. Pero también aquí la situación es peculiar. Por lo pronto, en la época moderna continúan muchos elementos de la Edad Media. Sigue la pequeña explotación medieval. Aprendices, compañeros y maestros forman una unidad. Los maestros de un mismo oficio se organizan en

---

(12) M. AUGÉ-LARIBÉ: *La révolution agricole*, 1955, pág. 43.

gremios o gildas (*corporation, jurande*). Eligen un cierto número de jurados, para velar por el cumplimiento de las regulaciones sobre el trabajo: calidad de los productos, régimen de aprendices y compañeros, etc. En muchos sitios hay oficios libres; sus diferencias con los gremios no son grandes, y a veces adoptan posteriormente esta forma institucional. Dos causas favorecen el fenómeno de la persistencia e, incluso, de la extensión de la organización corporativa: (a), el poco desarrollo de la técnica. «La persistencia de los pequeños talleres se explica al advertir que en la mayor parte de los oficios la técnica no ha tenido transformación profunda desde la Edad Media. El hecho es notorio, incluso en una industria moderna como la de la imprenta» (13). El pequeño taller podría adoptar la forma libre, pero se inclinaba por la organización tradicional. Sobre todo porque (b) el poder central favorecía la organización corporativa. Desde el edicto de 1581 hay una legislación continua, y así «al comienzo del siglo XVII aumentó notablemente el número de las corporaciones, y la realeza acabó de fijar los principios de su autoridad sobre la organización del trabajo, autoridad que tiende a suplantar cada vez más los poderes municipales y señoriales, y a hacerse sentir en toda la extensión del reino» (14). El poder lleva consigo el control, y el control tiene una gran importancia para la percepción de los impuestos. Hasta aquí parece que continuamos, con leves modificaciones, la línea medieval. Sin embargo, algo está aconteciendo y de la mayor importancia. En primer lugar, en la corporación misma. Hemos hablado del control del Estado, que sirve para mantener y acrecer la organización tradicional. Pero éste es sólo uno de los aspectos del fenómeno. El otro es que ello lleva consigo un comienzo de organización racional de la actividad industrial, desde un centro, y una cierta unificación de ella, en vista a un incipiente mercado nacional. Por otro lado, y continuando en el gremio mismo, existe una curiosa evolución, que no detallaremos, y que podemos llamar cristalización de la condición de maestro, hasta devenir casi hereditaria, y un inte-

---

(13) H. SÉE: *L'Évolution commerciale et industrielle de la France sous l'Ancien Régime*, 1925, pág. 51. Cfr. P. BOISSONNADE: *Colbert. Le Triomphe de l'Etatisme. La Fondation de la suprématie industrielle de la France. La Dictature du Travail (1661-1683)*, 1932, págs. 25 y sigs.

(14) SÉE: *Comm. et Industr.*, cit., pág. 38. El número de corporaciones creadas en el siglo XVII en BOISSONNADE: *Colbert*, pág. 246.

resante cambio de espíritu en sus titulares. Dejemos de lado la acentuación de ciertos defectos tradicionales: querellas por motivos fútiles, y rivalidades de oficio y personas. Lo importante es algo más profundo, señalado por Henri Sée, siguiendo a Boissonnande: «La organización es en cierto sentido democrática, puesto que tiende a establecer la igualdad entre los maestros, la igualdad en la mediocridad. Pero esta concepción ya no está de acuerdo con las necesidades de la época, con una producción y un movimiento económico más intensos. A pesar de todos los estatutos y de todas las reglamentaciones, se manifiesta un progreso del individualismo; el interés personal empuja sin cesar a los maestros a perseguir su provecho particular a costa del interés colectivo; se multiplican la acumulación de profesiones, los acaparamientos, las ventas clandestinas, y los maestros se ingenian para quitarse mutuamente sus obreros o su clientela» (15). La competencia moderna destroza desde dentro la organización corporativa, privándola de su propia justificación. Pero no es ello aún lo más grave. Conexa con lo anterior va otra consecuencia. La fijación de su condición y el afán de lucro, hacen que los maestros comiencen a constituirse como un grupo en cierto modo capitalista, frente al cual se dibuja un grupo de obreros, los *compagnons*, con caracteres ya de proletariado. La mayor parte de los *compagnons* conservan toda su vida su condición de tales, en virtud de la misma organización de los oficios, y forman una mano de obra que puede ser utilizada ventajosamente por los maestros. Rota la capilaridad en virtud de la cual los compañeros podían ascender, la situación real es la quiebra de la comunidad corporativa. Durante el siglo XVII empiezan a surgir innumerables organizaciones obreras, aún poco eficaces. Se producen conflictos esporádicos y fácilmente dominables. El fenómeno continúa y se amplía en el decurso. Son dos clases frente a frente y en lucha (16).

Si esto sucede en el interior del gremio, los eventos se acumulan también en el exterior de la corporación misma. Es, sobre todo, la aparición de industrias libres, privilegiadas o no. Desde el Renacimiento, el desarrollo técnico, por lento e insignificante que fuera, exigió una organización nueva. Se concedieron privilegios para instalar o perfeccionar industrias o explorar invenciones: así

---

(15) SÉE: *Comm. et Industr.*, cit., pág. 79.

(16) BOISSONNANDE: *Colbert*, pág. 271.

a Etienne Turquet, a Abel Foulon, a tres caldereros de París. Enrique II formula un principio general: *C'est chose de tout temps permise aux étrangers apportans en nostre royaume moyen ou pratique de quelque art ou metier encore peu cogneu en icelluy*. Enrique IV instala en el Louvre artesanos elegidos y artistas; en 1607, se les otorgan cartas patentes que les autorizan a trabajar para el público sin control de la corporación. En forma análoga, los *ouvriers suivant la cour* escapan también a la antigua organización. La acción del Estado es decisiva a este respecto. Ya Sombart llamó la atención sobre ello en sus estudios sobre el capitalismo. El Estado se constituyó en empresario capitalista, creador y promotor de industrias. Es bien conocida la acción de Colbert. El régimen de manufacturas es protegido ampliamente. La mayor parte de ellas dependen, más o menos directamente, del Estado. Tres clases se distinguen: las manufacturas reales, en que el Estado es empresario (Gobelins, Beauvais, arsenales de Brest, Toulon y Rochefort, etc.); las llamadas también manufacturas reales, pero que el Rey únicamente funda o fomenta, dándoles determinados privilegios; y las manufacturas privilegiadas, que no tienen el título de reales. Las dos últimas categorías son las más importantes. Para favorecerlas, Colbert se esfuerza, en mayor escala que en los siglos anteriores, en atraer a Francia fabricantes y artesanos extranjeros; en estimular el celo de sus conciudadanos; concede préstamos sin interés; da taller y maquinaria; releva de ciertas obligaciones fiscales y militares a los obreros; otorga régimen de monopolio, etc. La mayor parte de estas industrias son de artículos de lujo. Sin embargo, no son las únicas. Las industrias de bonetería, paños, metalurgia, progresan también. En la mayor parte de los casos, agrupan múltiples talleres pequeños bajo una dirección única: sólo excepcionalmente dan lugar a una concentración industrial, análoga a las modernas fábricas (17).

Y lo más importante no es este incipiente capitalismo del Estado, considerado en sí mismo, sino en cuanto actúa como patrón o modelo de la actividad particular. Comerciantes poderosos constituyen un nuevo tipo de empresarios, que fomentan o controlan la producción de pequeñas industrias, procurando evitar las restricciones de los gremios. La conexión con el Estado puede ser estrecha o laxa. Los talleres pueden estar en la ciudad o en el

---

(17) BOISSONNADE: *Colbert*, págs. 133 y sigs.



*plat pays*; los obreros, *entièrement occupés a leur metier* o *ne s'y adonnant que dans le temps que labourage et culture des terres ne fournissent pas assez de travail*, la especialización mayor o menor. En todo caso, el fenómeno es importante. Los mismos contemporáneos lo percibieron. En un pasaje de su obra, Savary nos dice que *il y a plusieurs négociants associés qui font le commerce des matières qui y sont nécessaires, qu'ils vendent aux ouvriers et qui achètent d'eux des marchandises qu'ils ont manufacturées pour les vendre ensuite à ceux des autres villes qui les vont acheter sur les lieux en donnent la commission* (18).

Industria y comercio van unidos, y el capitalismo comienza como capitalismo comercial más que industrial. Dobb ha señalado que una condición fundamental del capitalismo, o pre-capitalismo, de esta época es el desarrollo del comercio (19). Ahora bien, comercio interior y exterior progresan, según ya advertimos, a distinto ritmo. Son muchos los obstáculos e inconvenientes para el progreso del comercio interior. En primer lugar, el estado de las comunicaciones. Por ejemplo, los caminos. Enrique IV había hecho ya intentos para mejorarlos. Sully dedica a ello grandes sumas. Colbert reconstruye la administración «des Pont et Chaussées»; las vías principales mejoran gracias a ello, pero su estado es todavía poco satisfactorio y, sobre todo, el de los *chemins de traverse* es muy malo. Esto explica la importancia concedida a las vías fluviales; la navegación del Sena, del Loira y del Ródano es considerable, y la construcción de canales continúa: en 1640 se termina el de Briare; en 1681; el del Languedoc. También mejora el servicio de correos. Su reforma la inicia Enrique IV; es regularizado y desarrollado por Richelieu, y a su cabeza se coloca un director y un intendente general; en 1776, todo el servicio de correos y mensajerías se arrienda a un *fermier général*, redactándose años más tarde, en 1678, un reglamento general para su regulación. Pero en todo caso, el transporte es todavía primitivo. Los transportes públicos no partían hasta que habían reunido un número suficiente de viajeros. Se tardaba dos días de París a Orleans, cuatro a Lille, cinco a Calais, diez u once a Lyon (20).

(18) J. SAVARY: *Le Parfait négociant*, 2 vol., 1675, II, pág. 10.

(19) DOBB, M. H.: *Studies in The Development of Capitalism*, 1946.

(20) Sobre servicios de transportes terrestres y fluviales, *Bissonnade: Colbert*, págs. 86 y sigs.

Esto de un lado. De otro, y en segundo lugar, «el régimen monetario pesaba también duramente sobre las transacciones comerciales». Sobre todo, las manipulaciones con el valor de la moneda, que realizaba el poder público en momentos de apuro, y que eran más perjudiciales para el comercio que beneficiosas para el tesoro. Así, el luis de oro sube en 1709 a trece libras, en 1713 a catorce (21). Pero lo peor son los derechos que tiene que pagar la mercancía a los señores y a la administración local en los diversos lugares de Francia: los peajes, derechos de ferias y mercados, las aduanas interiores o *traites*. Colbert intenta corregir muchos de estos abusos, sobre todo el último, pero sin éxito. Cuando la nueva inteligencia contemple el panorama comercial de Francia, destacará estos obstáculos: así en la serie de memorias de diputados sobre el estado del comercio, que se remiten al Consejo General de finanzas entre diciembre de 1700 y abril de 1701, se repite continuamente la queja que toma en un momento, por la pluma del diputado de Nantes, una forma particular acusada: «Los peajes particulares de los ríos son una de las principales causas que pierden el comercio» (22). Vauban insistirá: Otra causa de la disminución de la riqueza agraria es *le hauteur et la multiplicité des droits des aides et des douanes provinciales*. Con ello se convierte a los franceses en extraños entre sí: *rend les français étrangers du français même*; se lesiona la unidad de la monarquía, y se ocasiona un grave perjuicio económico, pues *le propriétaire et le paysan aiment mieux laisser périr leurs denrées chez eux que de leur transporter avec tant de risques et si peu de profit* (23). Y Boisguilbert ejemplifica: ... *La Provence a des denrées que l'on ne prend pas presque la peine de ramasser de terre sur le lieu, lesquelles sont vendue a un très grand prix à Paris, en Normandie et autres contrées éloignées. Cependant, on n'en fait venir que pour l'extrême nécessité ... a cause des frais qui accompagnent une si longue voiture ... La Normandie a semblablement des denrées, comme des toiles, très rares et très chères en Pro-*

---

(21) Cfr. VOLTAIRE: *Siglo Luis XIV*, tr. esp. N. O. Reynal, 1954, página 346.

(22) BOISLISLE: *Correspondence*, cit., II, 1883, pág. 486.

(23) VAUBAN: *Dixme Royale*, ed. Coornaert, págs. 29-30.

*vence, que la certitude d'un pareil sort empêche de se mettre en chemin* (24).

Por eso, aunque algunas ramas de este comercio interior (por ejemplo, al por mayor) crezcan continuamente, es el exterior el que tiene mayor importancia y donde se registran fenómenos más interesantes. Colbert instaura un régimen proteccionista: a ello responde la tarifa aduanera de 1664, aumentada en 1667, y la de 1669, que amalgama las dos anteriores. Pero ya en 1703 puede constatarse una tendencia liberal, que lleva a una política de tratados comerciales. Con ello se desarrolla el comercio francés con los países europeos, sobre todo Inglaterra (aunque Savary se queja de las dificultades que los franceses encuentran en este país), Holanda (con ciertas intermitencias) y España («uno de los mejores clientes de Francia»), etc. Importancia especial tiene el comercio con Africa, unido a la iniciación de una política colonial francesa en este continente, y con los países de Ultramar. Se fundan, para ello, Compañías, casi todas con escaso éxito. En todo caso, «el comercio de las Islas de América, que hará la fortuna de La Rochela, Ruán y, sobre todo, de Burdeos y Nantes, está destinado a jugar un papel de primer orden en la actividad económica de Francia». De este modo, se calcula que, en 1716, las importaciones totales se habían elevado a 92 millones de libras y las exportaciones a 122; cálculos que, probablemente, se pueden reputar aproximados. Todo ello da origen a una nueva clase de comerciantes poderosos que domina la organización de las corporaciones y que está muy próxima a la aristocracia (25).

Sin embargo, estos nuevos comerciantes e industriales tienen en Francia un destino distinto al que alcanzan en Holanda e Inglaterra. En Inglaterra y Holanda, el comerciante o industrial que ha adquirido una fortuna continúa en la dirección de sus negocios, y los lega a sus hijos para que prosigan la labor donde él la dejó. La clase burguesa adquiere así propio y peculiar relieve en la vida económica y social. En Francia, el burgués enriquecido desea abandonar cuanto antes comercio e industria, y subir en la escala social. El hecho está repetido una y otra vez

(24) BOISGUILEBERT: *Le Détail de la France, la cause de la diminution de ses biens, et de la facilité du remède*, en E. DAIRE: *Economiste-financiers du XVIII<sup>e</sup> siècle*, I, 1843, págs. 233 y sigs.

(25) SÉE: *Comm. et Industr.*, págs. 111 y sigs.

en las *Memoires des députés* a que ya hemos hecho mención, unido a la constatación del daño causado por la revocación del Edicto de Nantes. Así, Mesnager, diputado de Ruan, cree que el comercio necesita que los que lo practican tengan algunas prerrogativas de honor que los distinguan y que, como en Inglaterra e Italia, la nobleza lo ejerza sin perder rango; sólo así *verrions les enfants de nos bons marchands continuer à négocier comme leurs pères*, y no abandonar el negocio por los cargos públicos en cuanto tienen capital para ello, sólo así también repararíamos la pérdida de los que han huido *au sujet de le religion* (26). Igual Anisson, diputado por Lyon. «Hay que otorgar honores a los comerciantes para que estén satisfechos y sus hijos puedan continuar el comercio. La continuidad es la fuerza de los comerciantes holandeses, ingleses, venecianos y genoveses». Y Des Casoux du Hallay, diputado de Nantes, insistirá. La continuidad es lo que hace que los extranjeros *ont tant d'avantages sur nous dans le commerce, parce que le négoce et les habitudes ne se perpétuent pas dans nos familles*. La queja respondía a una realidad. La monarquía sólo consideró el provecho inmediato y favoreció a estos burgueses en su empeño de ascender, mediante la venta de rentas, cargos y oficios, que ofrecían medios de invertir el capital, adquiriendo rango, y que al par canalizaba la riqueza hacia el tesoro real, impidiendo su expansión y desarrollo en el comercio e industria. La burguesía se pone al servicio del Rey (27).

Esta burguesía de funcionarios es muy compleja. Pueden distinguirse distintas jerarquías. En primer lugar, los miembros del Parlamento. Los puestos del Parlamento se pudieron adquirir por compra y herencia. La herencia tendió bien pronto a sustituir la venalidad. El Parlamento se convirtió en una casta cerrada. Junto a la *noblesse d'épée* surge la *noblesse de robe*. El segundo grado está constituido por los miembros de los diferentes Consejos reales, y los representantes del Gobierno central en las provincias: los intendentes. Son también de origen burgués, únicos que tienen educación legal y, por tanto, capacidad para manejar la complicada máquina administrativa. La tercera clase la forman los colectores de impuestos o financieros. En ellos cabe distinguir grupos diferentes, que aquí no especificaremos. Después está

(26) BOISLISLE: *Correspondence*, II, 1883, págs. 478 y sig.

(27) BOISLISLE: *Correspondence*, II, 1883, pág. 481.

todo el conjunto de oficios menores (28). De este modo, gran parte de la burguesía tiene un destino peculiar, implicado en el despliegue político de la monarquía francesa.

Y la situación sigue siendo análoga respecto a esta gran parte de la burguesía, que vemos crecer y afirmarse cada vez más en estos decisivos años y que, en cierta medida, está mezclada o interfiere con la anterior: la burguesía de las profesiones liberales. En cuanto tal, es múltiple y diversa. «En esta enorme masa de la burguesía, no se encuentra una y sola jerarquía de profesiones, sino muchas jerarquías paralelas» (29). Primero, los abogados. Son muy numerosos, sobre todo en París y en las grandes ciudades, pero no faltan tampoco en las pequeñas. Se encuentran siempre entre los primeros de la villa; tienen tradición (a veces el despacho pasa de generación en generación), fortuna, nombre. Luego los notarios reales, los procuradores. Paralela a esta jerarquía corre otra: la jerarquía médica, boticarios, etc. Pero ni aún así hemos agotado la cuestión. Las profesiones liberales son múltiples: proliferan continuamente. Las fomenta el progreso de la vida intelectual y artística: sobre todo, justo es decirlo, el fausto de la Corte. Dentro de ellas cabría distinguir: el grupo de los hombres de letras y entre ellos el dramaturgo quizá sea el que obtiene más provecho económico de su profesión; el de impresores, libreros, etc., cada vez más importante, porque la librería francesa está en trance de convertirse en universal; el de actores y gentes de teatro, los del Teatro du Marais o los del Hotel de Bourgogne tienen gran relieve social y económico, incluso los de una tropa ambulante, la de Poquelin-Molière. ganan muy bien su vida; el de los arquitectos, artistas, grandes decoradores, etc. (30).

La corte es su centro. En realidad, el Estado es el eje impulsor de la vida. A él se subordina todo, La nobleza ve limitados sus derechos y prerrogativas. De un lado, pierde sus atribuciones en el gobierno central y en la administración local; de otro, las

---

(28) Sobre el carácter jurídico de oficio —¿mueble o inmuebles?—, P. BARDET: *Recueil d'arrets du Parlement de Paris*, I, 1690, págs. 355 y siguientes.

(29) PH. SAGNAC: *La Formation de la Société Française moderne*, I, 1945, página. 29.

(30) J. LOUCH: *An Introduction to XVIIIth Century France*, 1954, páginas 173 y sigs. Cfr. T. E. LAWRENSON: *The French Stage in the XVIIIth Century*, 1957.

nuevas fuentes de riqueza le son ajenas. Desde el comienzo de la época moderna, disminuye el poder político y económico de la aristocracia. Indudablemente, la nobleza no constituye un grupo homogéneo. Habría que distinguir, por lo pronto, los nobles presentados en la corte, la nobleza provincial, la nobleza media. Los primeros constituyen un sector privilegiado. Bajo Luis XIV estas presentaciones se acrecen: muchos gentilhombres de provincias solicitan y obtienen tal honor. La presentación tiene ciertas consecuencias: da ventajas, sobre todo, en el ejército; permite obtener cargos y posiciones lucrativas, concedidas por el Rey, etc. Gracias a ello, la nobleza de corte se puede permitir una vida fastuosa en la capital o en sus castillos. Pero tales ventajas no dejan de pagarse. En primer lugar, mediante ellas se consume una dependencia cada vez mayor respecto al Rey, como centro o eje de la vida. El Rey, «domestica la nobleza, haciendo que el mayor honor que pueda recibir sea pertenecer a su intimidad y servicio». A ello ayuda el complicado ceremonial. Desde el cargo de gran maestre, pasando por el de gran chambelán, hasta los puestos menores, hay una rigurosa jerarquía. El rito de los actos de corte es muy estricto. Los mismos contemporáneos se dieron cuenta de la subordinación que ello entrañaba. Y tal subordinación no sólo era una subordinación ritual, sino real. La vida fastuosa que impone la corte, y que el Rey fomenta, exige cuantiosos gastos. Las deudas sólo pueden enjugarse con el favor del monarca. La nobleza pierde independencia. Pero aún acontece otro fenómeno. La vida mundana tiene para la alta aristocracia consecuencias funestas. Tocqueville lo apuntó sagazmente: «Cuando se ha perdido el poder efectivo, es peligroso el juego de querer retener las apariencias». La nobleza no sólo hipoteca su autonomía, sino su prestigio ante la opinión pública. Mucho antes de la Revolución, el Marqués de Argeson, declaraba que «había que destruir por completo la riqueza de los grandes señores». Contra la nobleza se dirigirá unánimemente todo el tercer estado. Los campesinos, quejándose del régimen señorial y de los abusos que se cometían con ellos. La burguesía, por las exenciones de impuestos y los privilegios en materia judicial de que el noble gozaba. La aristocracia no se defiende más que esporádicamente. Su misma diversidad le impide tener conciencia de un interés común. «Aún los nobles, que dis-

ponen de una cierta autoridad pública, no saben cómo usarla» (31).

Finalmente, la Iglesia. Tampoco socialmente constituye un grupo totalmente homogéneo. Dentro de la Iglesia hay diferencias. «A la nobleza pertenece solamente el alto clero, pues la mayor parte de los sacerdotes, los pequeños beneficios eclesiásticos y las parroquias y capillas modestas, se dejan para una especie de burguesía clerical y de pueblo campesino; en forma que el conjunto del sacerdocio comprende por lo menos tres grandes clases, unidas ciertamente por la profesión y el ministerio sagrado, pero muy diferentes en nacimiento, fortuna, modos de vivir y cultura intelectual» (32). Institucionalmente, sin embargo, la Iglesia se presenta como una unidad, y como tal actúa. A diferencia de la nobleza que se disuelve en individuos aislados y que no se reúne más que en los Estados de algunas provincias, el clero francés forma algo más que un «orden» o «estamento»; un cuerpo poderoso que se constituye cada cinco años en una «Assemblée générale», que tiene además órganos permanentes, y que ejerce una presión y dirección continua sobre los órganos del poder político. A diferencia también de la nobleza, el clero francés no ha perdido nada de su riqueza, antes bien, en muchos casos la ha acrecido. Los cálculos son difíciles, y frecuentemente se ha exagerado. Vauban suponía que *le clergé de France de tous ordres et de tous sexes peut avoir soixante quinze millions de revenus* (33). Las *memoires sur les finances*, declaraban en 1700: *Tout le revenu de la France se monte à 1.100 millions de livres tournois. Le clergé et les cloîtres possèdent presque le quart de cet immense revenu, c'est-à-dire, 268 millions de livres tournois. Le roi joint d'un peu plus de la neuvième partie* (34). A. Young indicaba que «se ha exagerado mucho sobre las riquezas de la Iglesia, un escritor reciente dice que posee la mitad del reino» (35). La crítica moderna ha procurado restablecer la verdad. En todo

---

(31) Sobre la incapacidad de los nobles y su desconocimiento no solo «aux affaires publiques, mais à leur propres affaires»; LA BRUYERE: *Les Caractères*, IX, 24. Sobre las mesalliances como final obligado, BOILEAU: *Satire*, V, ed. C. Boudhors, 1934.

(32) PH. SAGNAC: *Société Française*, I, pág. 31.

(33) VAUBAN: *Dixme Royale*, ed. Coornaert, pág. 257.

(34) *Memoire sur les finances de 1700*, en SAINT-SIMON: *Oeuvres*, edición Boislisle, VII, pág. 516.

(35) YOUNG: *Travels*, pág. 337.

caso, «sea como fuere, indica uno de los más grandes historiadores de este período, posee una riqueza inmensa, muy superior a todos los otros ingresos del Estado» (Ph. Sagnac).

Pero hay que ponderar exactamente esta influencia y este poder económico. De hecho, la primera se ve mediatizada por la intervención del rey en los nombramientos de los altos cargos. «En el momento que vacan obispados o abadías, qué de intrigas e influencias se pone en movimiento. La Corte se agita, y el Arzobispo de París y el P. Annat, jesuítas confesores del rey, son solicitados por todos, porque de ellos y del Rey depende, de hecho, el nombramiento». Esta dependencia se manifiesta en los nombramientos. Muchas veces en la elección del rey entra en cuestión la familia más que las cualidades del elegido. De aquí que parte de la Iglesia es cortesana. Esto por lo que respecta al aspecto social. Por lo que respecta al económico, tampoco la Iglesia puede impedir que los reyes de Francia consideren, cada vez más insistentemente, los bienes eclesiásticos como suyos propios; y a la Iglesia sólo como administradora (tal es la opinión, sobre todo, de Luis XIV). Administradora celosa en verdad, que goza de una exención de impuestos que defiende a toda costa; que no se excede en el «don gratuito» que concede cada cinco años al monarca; que conserva su boato y fasto; pero administradora mediatizada por el poder creciente del monarca. Sumado todo: los eclesiásticos componen, desde luego, el primer «orden» del Estado. El Rey les rinde acatamiento. Pero acatamiento más formal y exterior que auténtico. Luis XIV se considera amo también del clero. Le basta para ello nombrar los altos cargos de las familias devotas a él, sobre todo de las familias de estos *robins*, parlamentarios y consejeros de Estado, instruídos celosamente en el servicio del monarca. Sólo están libres de esta influencia los prelados íntegros, frecuentemente alejados de la corte, los párrocos y eclesiásticos de núcleos urbanos menores y, sobre todo, el clero rural, con una fermentación espiritual y social, a veces muy activa (36).

En todo caso, la imagen que nos ofrece la vida francesa es clara. La monarquía constituye el ápice o centro de la vida política y social. Centro proderoso y autónomo. Según es notorio, al día siguiente de morir Mazarino, el rey anuncia, ante la sorpresa e

(36) SAGNAC: *Société Française*, I, 33.



incluso ironía de la corte, que él mismo gobernaría Francia. A su hijo, mucho más tarde, dirá la razón de ello: «Nada hay más indigno que ver, a un lado, todas las funciones; y a otro, el sólo título de rey». No quiso Luis XIV que esto sucediera: título y funciones debían estar enlazados. Nosotros, más alejados del suceso, podemos darle toda su importancia en el desarrollo de la monarquía europea. Mousnier ha hecho el intento de describir sus fases fundamentales, renunciando a fundar su clasificación sobre caracteres exteriores, y examinando los órganos mismos de la monarquía: Consejos, tribunales, agentes locales, hombres o grupos de hombres guiados en su acción por principios, costumbres, reglas, que daban al conjunto una estabilidad institucional; considerando la relación de estos grupos con el soberano, entre ellos mismos, y con los otros grupos y cuerpos de que se compone la sociedad. Pues bien, con tal criterio pueden distinguirse tres etapas. En todas ellas conviene subrayar el carácter personal del ejercicio del poder. El Rey tiene toda la autoridad y debe ejercerla él mismo. Una de las graves quejas de la Fronda contra Mazarino era que había usurpado poderes que no pertenecían sino al Monarca. El mismo Rey ha manifestado con frecuencia una cierta desconfianza respecto al primer ministro que podía convertirse en un peligro, en una época de clientelas y de clanes. De este modo, príncipe y pueblo estaban de acuerdo. Pero la masa creciente de asuntos obligaron al monarca a delegar parte de su autoridad. La primera etapa es la del gobierno por consejos, cortes y cuerpos de carácter judicial, tal como se encuentran en Francia bajo Carlos VIII, Luis XII, Francisco I; en España, bajo los Reyes Católicos y Carlos V; en Inglaterra, bajo Enrique VII y Enrique VIII. La segunda etapa, impuesta por la exigencia de decisiones más rápidas en la cabeza y las crecientes necesidades financieras, sería la del gobierno de gabinete con secretarios de Estado y colegios administrativos. En Francia se organiza lenta y progresivamente desde Enrique II a Luis XIV. En Inglaterra se bosqueja bajo Isabel, Jacobo I y Carlos I; en España, en los últimos años de Carlos I y bajo Felipe II, sin realizarse por completo. Se caracteriza por la separación creciente de soberano y consejos, y la distinción de consejo político y consejos judiciales y administrativos; porque el soberano trabaja con un pequeño comité o consejo, y, cada vez más, con los secretarios de Estado; por la especialización, cada vez mayor, de los otros consejos, provis-

tos de poderes de decisión propia; por el empleo, en las provincias, de colegios financieros al lado de los judiciales; por la multiplicación de comisarios, intendentes, presidentes de cámaras provinciales. En todos los países, y unido a lo anterior, la venalidad de cargos se desarrolla. En ciertos casos, es un instrumento de lucha del Rey contra los poderes tradicionales. La tercera etapa es la del gobierno personal del Rey, provisto de un poder «monocrático», según la expresión de Dorn, con ministros dependientes por completo de su arbitrio; los asuntos no pasan por los consejos, más que por pura forma; los consejos se reducen a la rutina administrativa; las decisiones reales se ejecutan en la provincia por una serie de funcionarios y consejos sobre los cuales no tienen control los jueces y cuerpos colegiados tradicionales. La transformación fué necesaria no sólo por la lentitud del trabajo en los cuerpos colegiales, sino, y sobre todo, por el inconveniente que puede resultar, para el poder del Rey, de Consejos muy poderosos, provistos de competencias que le pertenezcan en propio, y cuyos miembros tengan una situación estable y garantía, un «estado» (37). El principio operante es distinto. El análisis de la realidad nos descubrirá su nervatura básica.

Lo primero que caracteriza la Francia de Luis XIV es el renovado intento de unidad normativa. La unidad del poder se manifiesta en una unidad de mando. El mando es regla y ley. La monocracia debe ser monocracia del derecho. Naturalmente, los tiempos no estaban maduros para la unificación del derecho civil. Francia poseía más de cuatrocientos pequeños códigos civiles. Pero se prepararon ordenanzas que unificaran el procedimiento en forma válida para toda la monarquía. Los resultados fueron las ordenanzas civil, 1667, y criminal, 1669. La unidad de procedimiento civil y criminal representaba el esqueleto formal del poder real en sus conexiones con los ciudadanos. Junto a ello, el sector económico del comercio. Aquí encontramos una gran figura: Jacques Savary. El inspira la *Ordonnance du Commerce* de 1673. La *Ordonnance* no sólo tiene significación por sí misma, sino porque en cierto sentido va a dar origen a un comentario autorizado, que representa uno de los libros decisivos del tiempo. Me refiero

---

(37) F. HARTUNG y R. MOUSNIER: «Quelques Problèmes concernant la monarchie absolue», en *X Congreso Int. Scienze Storiche*, IV, *Storia moderna*, 1955, págs. 1 y sigs.

a *Le parfait Négociant* de 1675. Una descripción geográfica de Francia y sus áreas de comercio; un estudio de las instituciones más corrientes; la estimación de la significación social y modos de obrar del comerciante, fundamentan y enriquecen la consideración formal jurídica. Ley y comentario, derecho y realidad del comercio, entran en la dialéctica propia del Estado absoluto. El comerciante es un servidor del rey; su actividad, acrecer la gloria y poder de la monarquía. Por eso hay que colocar a Savary, su Código y comentario, dentro del esquema del poder racionalizado. Junto a la regulación mercantil, pueden citarse, también con una significación político-social: la *Ordonnance de la marine*, 1680, *des caux et forêts*, 1669; en fin, en 1685, después de la muerte de Colbert, el *Code noir*, que regulaba la condición de los esclavos negros (38).

La razón de la ley, como cualquier forma de razón, proporciona seguridad, certidumbre y eficiencia. Las ordenanzas, reglamentos, normas y disposiciones singulares, van así creando el ámbito escalonado que fluye de una decisión suprema y única. Este ámbito sería un conjunto muerto sin una administración técnicamente adecuada y eficiente. Para que se realizaran las decisiones del rey y de sus tres o cuatro ministros era necesaria una máquina administrativa. El segundo carácter del régimen de Luis es su rígida centralización burocrática. Las decisiones del gobierno central se realizan en la provincia por el *Intendant*. Los *Intendants* habían jugado un importante papel en la Francia de Richelieu y Mazarino, pero van a ser Luis XIV y Colbert los que de un modo sistemático establecen su autocracia en las provincias. *L'intendant, c'est le Roi présent dans les provinces*. Lo cual no quiere decir cambio brusco. Lo antiguo queda, pero despotenciado. Lo importante es que el mecanismo funciona desde un centro (39). Junto a los intendentes, aparecen las funciones peculiares de policía. En su sentido más estricto, esta actividad no corresponde a

(38) Ph. SAGNAC y A. DE SAINT-LÉGER: *Louis XIV, 1661-1715. Peuples et Civilisations*, dir. L. Halphen y Ph. Sagnac, X, 1949, págs. 195 y sigs.

(39) J. E. KING: «Science and Rationalism in the Government of Louis XIV (1661-1683)», en *The John Hopkins University Studies in Historical Science*, LXVI, 2, 1949: «Mediante su propio esfuerzo, y con la cooperación de Colbert y otros ministros, Luis intentó crear un Estado racional y mecánico que operase de acuerdo con los principios establecidos», pág. 238.

aquéllos, aunque también la organiza el monarca. El Estado no sólo tiene que estar bien administrado. El orden debe reinar en él. Función de la policía es conservar este orden. El mecanismo perfecto se manifiesta, incluso en sus últimas ruedas (40).

Unidad de orden y unidad de ejecución deben acompañarse de unidad de poder militar, industrial y económico. La centralización les debe alcanzar también. Como se sabe, las guerras son, cada vez más, guerras de crédito. La organización del ejército se va racionalizando. A pesar del fracaso de lo que se llamó reclutamiento por legiones de Francisco I, la idea y realidad de un ejército nacional va lentamente afirmándose. También aquí lo antiguo se une con lo nuevo. Es fundamental igualmente una clase de comisarios o intendentes: *intendants d'armée, commissaires de guerre, commissaires provinciaux, controleurs, etc.* Ellos vigilan todo: el reclutamiento por levas, fijando el cupo por parroquia: los itinerarios; los alojamientos; pasan revista; descubren los «figurantes», que los capitanes deshonestos quieren cobrar como soldados; organizan hospitales, forman parte de los Consejos de Guerra, etc. Los grados superiores del Ejército se obtienen por meritos de guerra. Los que «han nacido para mandar a los otros», según la expresión de Saint-Simon, tienen que adaptarse a la nueva situación, de grado o fuerza. Desde 1662, el rey crea un regimiento modelo. En la artillería, Louvois reduce y ordena los calibres. La organización de los avituallamientos es la gran obra de Louvois. Los efectivos llegaron a cifras hasta entonces desconocidas: 72.000 hombres, en 1662; 120.000, en 1672. Vauban, un genio moderno, el mismo que vemos atacar los privilegios de los nobles y dolerse de la suerte del *menu peuple*, llega a ser comisario general. La unidad de la monarquía y el genio burgués preparan la reforma de 1726, y ésta, el ejército nacional (41).

En todos los sectores, igual signo. Se ha hablado mucho de la rivalidad personal entre el clan Le Tellier y el clan Colbert, que el rey, buen conocedor de las cosas humanas, fomentaba. En realidad, unos y otros eran partes de una misma línea de conducta. Unidad de poder, de ejecución, de ataque y de defensa, también unidad de producción. Colbert realiza una especie de en-

---

(40) Sobre policía, G. MONGREDIEN: *La vie quotidienne sous Louis XIV*, 1948, págs. 36 y sigs.

(41) P. GAXOTTE: *La France de Louis XIV*, 1946, págs. 126 y sigs.

cuesta industrial para saber las necesidades de Francia, actúa con arreglo a ella. Todo debe estar regulado, medido, en orden. Ya hemos visto el aspecto económico industrial del suceso: se aspira a continuar la tendencia de Laffemas, regulando y controlando todas las corporaciones; lo anterior se enlaza con el régimen de manufacturas, etc. También aquí son importantes reglamentación, vigilancia, control. Las ordenanzas de 1597 intentaron generalizar un modelo de corporación; la de 1673 sigue la tendencia. El área geográfica de las corporaciones se extiende. Las manufacturas están sometidas a reglamentos generales y especiales. Unas y otras se hallan bajo inspección. Su producción está regulada por standards. Todo ello concurre a un mismo fin: Francia debe ser rica, para servicio y gloria de la monarquía. El régimen de protección aduanera, la reserva de fletes a los navíos nacionales, las medidas contra los extranjeros: todo ayuda. No importa que ello provoque una guerra con Holanda o con otro país: la grandeza unitaria del orden reglamentado así lo exige. Desde el centro se deben regular también las finanzas de Francia. La *taille* habrá de ser el instrumento adecuado. Pero también aquí la monarquía encuentra muchas realidades muertas que impiden su desenvolvimiento, y exagerarán, luego, sus propios y peculiares defectos.

La dirección centralizada no queda en lo dicho. La Iglesia no puede oponerse a la radiante monarquía. Hacia el fin del siglo XVI y comienzos del XVII los jurisconsultos han elaborado la teoría de las llamadas libertades de la Iglesia galicana. Dupuy, en 1639, quiere probarlas. En 1673, Luis XIV proclama la regalía espiritual en todo el reino. El mismo nos ha dado la razón: «Los reyes son señores absolutos y tienen naturalmente la disposición plena y absoluta de todos los bienes, tantos seculares como eclesiásticos, para usar de ellos como sabios ecónomos. Todo lo que se ha dicho sobre el destino de los bienes de la Iglesia y la intención de los fundadores no son más que escrúpulos sin fundamento». La voluntad del monarca se hace teoría en las largas disertaciones sobre *La Concorde du Sacerdoce et de l'Empire*, carta del galicanismo en el último siglo del *ancien Régime*, y sobre todo, en la *Disertation sur l'autorité du roi en matière de religion*, publicado en 1688 por Le Vayer de Boutigny. La obra, reimpresa múltiples veces lleva desde 1700 el título de *Traité de l'autorité du roi touchant l'administration de l'Eglise*. En ella no

se desconoce la autoridad de la Iglesia respecto a los beneficios con cura de alma; para su provisión, el permiso del rey es necesario pero no suficiente; en cambio, para la de un beneficio simple es suficiente. En general, puede decirse que Dios ha encomendado la Iglesia a un piloto y a un capitán. «El capitán tiene que defender el navío contra los enemigos exteriores y hacer que, en el interior se obedezca al piloto, conservar la paz y disciplina e impedir que no se descuiden los que deban actuar, incluso el mismo piloto». El piloto, es el Papa. El capitán, el Rey. La doctrina y las actuaciones tenían que llevar, y efectivamente llevaron, a conflictos con Roma. Alguien ha dicho con razón que «en su conjunto, la política de Luis XIV respecto a Roma es una política de vaivén, al par brutal y sumisa, sin verdadera grandeza, sin unidad y, en el fondo, sin provecho». No expongamos sus detalles, porque no nos interesan. Basta con dibujar en la estructura política esta pretensión oscura de «sacerdote real», latente en lo anterior (42).

La monarquía debe regir todo: opiniones, saberes, sentimientos, gustos. La propaganda se puede realizar por la prensa. Los gacetilleros se acostumbraban a reunir en las Tullerías y desarrollaban una especie de diario hablado: *La Gazette orale*. Luis XIV cuida de fomentarla. Más importancia tiene la prensa escrita. Richelieu hizo fundar la *Gazette de France*; bajo Luis XIV se convierte en periódico oficial. Junto a ella, aún se puede utilizar panfletarios y publicistas para cantar las excelencias del régimen. La imprenta y publicaciones deben controlarse cuidadosamente. El número de impresores decrece sin cesar: de 84 a 36 entre 1667 y 1676. Todo libro debe pasar por la censura. La reglamentación lo comprende todo. Las Universidades mismas deben convertirse en Universidades reales. También aquí aparentemente, se conserva la antigua estructura: pero los Rectores son nombrados con la aprobación del rey; el cuerpo docente está compuesto de doctores, regentes y agregados, cuyos concursos son controlados por el monarca. Particular importancia tiene el edicto de 1679 sobre las Facultades de Derecho. El Rey introduce una nueva enseñanza: la de derecho francés, y nombra directamente su pro-

---

(42) P. GAXOTTE: *Louis XIV*, pág. 230. Cfr. E. PRECLIN y A. JARRY: *Les Luttes politiques et doctrinales aux XVII<sup>e</sup> et XVIII<sup>e</sup> siècles*, H. de l'Eglise, dir. J. B. Duroselle y E. Jarry, 19, 1, 1955, págs. 149 y sigs.

fesor. La Universidad seguirá siendo un cuerpo corporativo privilegiado, pero esto no le impide servir a la unidad de Francia.

Estado y Arte deben también enlazarse. El monarca vela por el lenguaje y por sus manifestaciones. La Academia llegó a ser una sociedad del Estado. El Rey, su protector. Su fin se acentúa: «limpiar el lenguaje de las inmundicias que había contraído en la boca del pueblo, en la gente del Palacio de Justicia y en las impurezas de los embrollos o pleitos, o por los malos usos de cortesanos ignorantes». Su obra, largamente aplazada, muy controvertida: el Diccionario llamado de los cuarenta. El lenguaje se reglamenta, se reduce. Es el lenguaje que impone la corte, el que ordena la monarquía centralizada. El buen uso es «el modo de hablar de la parte más sana de la Corte conforme con la manera de escribir de la parte más sana de los autores de la época (Vaugelas). La *court et la ville* manda sobre todo. Son los únicos que han conservado la *naïveté de la langue française* (Delamothé): la *élite des voix* (Vanugelas). Se trata, de depurar, de eliminar; de depurar o eliminar todo lo corriente, vulgar, *bas*. De establecer una jerarquía desde arriba abajo, desde el vértice a la base, de fijar bien los rangos. Mucho más tarde se verá claro el fenómeno. «La poesía era la monarquía». «Una palabra era duque o par». «Las palabras, bien o mal nacidas, vivían encuadradas en castas»: «Unas yendo a Versailles en carroza»; las otras «patibularias, habitando las provincias»; las de más allá «condenadas a galeras en el argot», sin pelucas, marcadas por Vaugelas, su jefe, con una F (*familier*). El más ilustre conocedor de la materia lo ha resumido en términos precisos. «El lenguaje se ordenó también con la persuasión de que llegado a su punto de perfección, allí debía quedarse para siempre. Un sentimiento de orgullo hacía creer que las revoluciones pasadas no se producirían más y que el francés se iba a fijar definitivamente... en todo se tenía un *estado perfecto*». Como toda organización tiene sus maestros de ceremonia, ésta también. Lo mismo que Louvois había transformado el ejército, obligándole a marchar al paso; igual que en la corte todos tenían un grado o número, como en las procesiones existía un orden geométrico ordenado jerárquicamente, igual el lenguaje. «Las palabras no andaban ni se sentaban como le daba gana o a su guisa. Tenían su rango, sitio y papel». También aquí lo nuevo se unía con lo viejo: el racionalismo del or-

den se hacía preciosismo barroco con sólo pasar una inconsútil línea (43).

La palabra pulida, ordenada, encuadrada, podía instaurar el marco para que se destacase la gloria de la monarquía. A ello deben ayudar todas las artes. El Rey ha de ordenar no sólo los saberes, sino los gustos. «Es un mago, dirá el ingenuo persa de Montesquieu, porque su dominio se extiende sobre el pensamiento de sus súbditos». Nada debe quedar ajeno. La literatura lo mismo que las artes plásticas. Sin embargo, en este control y expresión hay que tener en cuenta la ley propia de lo que se expresa e, incluso, la de la materia o sujeto pasivo de la expresión. La ley propia del poder busca lo que puede ser medida de grandeza. De aquí la relación entre poder y arquitectura. Colbert se daba cuenta. Aparte las fulgurantes acciones de la guerra nada manifiesta más que la grandeza y el espíritu de los príncipes que las construcciones que hablan de ellos a la posteridad, y en donde se detienen con respeto los ojos de los pueblos. De aquí, el papel predominante que tiene la arquitectura dentro de todas las artes. La regulación de éstas ofrecía dos aspectos: teórico y práctico. La teoría la proporcionaban las Academias. Las Academias de las Artes llegaron a ser parte de la jerarquía estatal. Un orden de grados y cargos desciende desde el Protector, pasando por el Director, hasta los profesores, miembros, asociados y estudiantes. Mediante las Academias se mantiene la unidad de la doctrina, aunque sus enseñanzas variasen de acuerdo con el arte particular de que se ocupaban. En todos los casos, sin embargo, se supone que la aplicación de ciertas reglas es decisiva para la práctica de cada arte; que estos preceptos pueden ser descubiertos en un proceso de análisis racional, expresados en palabras y apprehendidos por cualquier ser inteligente. Lo anterior no representa un triunfo puro y simple del clasicismo. La riqueza del barroco, como la sociedad a la que responde, no desaparece. Pero aquí también actúa un nuevo elemento que lo mantiene despotenciado y con otro signo. El arte francés va a hacer una serie de compromisos entre clasicismo y barroco. Luego volveremos sobre ello. Los efectos prácticos fueron asegurados por la fundación de los Gobelinos. Los Gobelinos se dividían en seis talleres: dos para

---

(43) F. BRUNOT: *H. Langue Française des origines à 1900*. IV. *La Langue Clasique*, 1660-1715, t. 1, 1913, págs. 75 y sigs.



la tapicería; los otros cuatro para bordados, muebles, orfebrería y marqueteería en mármol o mosaico de Florencia. El director fué Lebrun. Setecientos artesanos y cincuenta pintores trabajaban en común. En su organización es tanto taller como escuela, y aseguró el alto nivel del mobiliario y adornos de los palacios reales. En realidad, la unidad de la teoría y de la práctica era la unidad de la misma Francia en una cierta dimensión: la incorporación activa de todas las fuerzas económicas industriales que había desarrollado Colbert a la tarea de glorificar la monarquía. Debido a la dictadura de Lebrun y Colbert, un estilo común se impuso sobre toda Francia. Apenas hubo heterodoxia en las artes. Lo anterior tiene su manifestación más clara en Versalles. Versalles es el «miroir du Gran Siècle», dijo hace tiempo P. de Nolhac. Lo anterior puede ser cierto, con tal que no lo tomemos superficialmente. Versalles es la glorificación de la monarquía. No podemos explicarlo por un supuesto arte puro sin tener en cuenta su conexión con el juego concreto de las fuerzas sociales. «Versalles no es un cuadro formal ni un código de signo deducidos de una idea madre: sigue las variaciones de un orden social en desequilibrio». Enumeremos simplemente, pero con el posible rigor:

a) Versalles está unido al desarrollo de París. Las grandes fórmulas de los palacios parisinos se potenciaron en Versalles. Alguien ha subrayado la importancia de la influencia de las residencias de la alta noblese de robe (disposición de patios, etc.). Pero dejemos esta debatida cuestión.

b) Versalles es, pues, palacio; si quisiéramos manifestarnos con superlativo rigor, diríamos que es la urbanización de la monarquía y de la nobleza. Como se sabe, los proyectos de reforma de Versalles se acumulan a lo largo de la monarquía de Luis XIV y han sido estudiados por la ciencia moderna, amplia y rigurosamente. Aquí sólo nos importa subrayar el cambio de Versalles, lugar de caza, sede de diversión de una monarquía y aristocracia volcada al exterior, al Versalles que quiere ser sede de un nuevo modo de vida. El rey que ha arrancado a los nobles de sus lugares de residencia, sitios peligrosos en donde se fraguan disidencias, los va a «domesticar» en la corte de Versalles. De la caza a la vida social; desde un estilo de vida feudal a la urbanidad moderna.

c) El proceso se realiza progresivamente. Entre la vida al exterior entregada a la caza, y la «intimidad» y rigor de la etiqueta de la corte, algunos colocan con razón Versalles como lugar de fiesta. Son bien conocidas las

espléndidas de *Plaisirs de l'Île Enchantée*. Se celebraron en 1674, y duraron tres días. Fué un despliegue grandioso de todo lo que podía ofrecer, como lujo y pompa, una sociedad aristocrática. Amor y Circe son los símbolos máximos: los dioses a quien se ofrenda. El espectáculo tiene una condición móvil, efímera y sus actores son los mismos cortesanos. El escenario es el jardín. d) Circe y Amor van pasando a segundo plano. Apolo y el Sol son los centros del simbolismo. El Sol es el dispensador de la paz, de la prosperidad y del amor mismo. El interior de Versalles prepara la glorificación y culto del Rey. En la *Salle des Gardes de la Reine*, grupos de espectadores en la decoración mural miran desde balaustradas pintadas. La iconografía avanza a través de los distintos departamentos. Las siete habitaciones de los *appartements* del Rey tienen el nombre de los siete planetas: el salón de Apolo es el salón del trono. En cada uno de aquéllos, el símbolo ilustra una de las cualidades del Rey. Mercurio, su prudencia; Venus, su dominio del amor; Marte, su valor. Todos sirven a un solo astro. En estas habitaciones tenían lugar las grandes fiestas de la Corte. Se asciende a ellas por la más espectacular de las invenciones de Versalles: la *Escalier des Ambassadeurs*. Le Van la creó y a ella cooperó Lebrun. El espacio íntimo que es donde se vive, se distribuye en varias plantas. El último elemento de la mise-en-scène se deberá a Lebrun y Mansart: la *Galerie des Glaces* con el *Salon de la Guerre* y el *Salon de la Paix*. Se pensó que, en los paneles, Hércules sustituyera a Apolo. Finalmente se decidió que figurara en ellos la vida del Rey rodeada de todas las alegorías. El lugar íntimo de residencia se convirtió así en sitio de glorificación. Y como tal domina a su entorno. El jardín se dibujó desde el centro. El orden debe domesticar también la naturaleza. e) Con la evolución de la misma vida del Rey, cambia el carácter de la Corte: cada vez se hace más formal y rígida. Rito y no placer. La Corte se convierte casi en un encierro. Tenemos testimonios contemporáneos que lo corroboran. Pero eso no nos interesa por ahora. Lo que nos queda que subrayar es que, en último término, Versalles en su conjunto lleva en sí una dualidad. Los medios urbanos no sólo proporcionan Le Van y Lebrun, sino los artesanos de todos y cada uno de sus productos. Versalles no sólo es Corte sino es la última expresión del desarrollo industrial y comercial de Francia. Y de la ascensión de la burguesía intelectual. París proporciona también

a La Fontaine, hombre retirado y tranquilo, a Racine, jansenista, o a Molière, viajero y pobre. También aquí encontramos un equilibrio entre lo antiguo y lo nuevo. El Rey incorpora a su gloria toda Francia. Pero el equilibrio es inestable. La sociedad que sostenía realmente toda la pompa de Versalles acabará triunfando de ella (44).

Por lo pronto todo es para el Rey y por el Rey. Su glorificación acontece también mediante las artes literarias. Pero, naturalmente, el artista es aquí un servidor menos fiel que el arquitecto, el escultor y el pintor. Sólo puede citarse como glorificador oficial a Bossuet. Ya Le Bret, en su obra *De la souveraineté du Roi*, 1632, había advertido que la soberanía sólo podía estar en un ser dependiente directo de Dios. El diálogo entre la providencia y la monarquía que estaba así planteado formalmente, va a llenarse de contenido en Bossuet. La autoridad es elemento esencial de la sociedad. Toda autoridad viene de Dios; es inmortal; cualquier revuelta contra ella es un acto contra Dios mismo. El hombre individual, pecador, no tiene poder por sí. La multitud es incapaz de razón, pura anarquía. Ha de obedecer por la fuerza. La fuerza, y no un pacto originario, social o político es el gran título de legitimidad. La visión del héroe trágico no degenera en un puro reconocimiento del poder, porque el monarca debe obedecer la ley de Dios y dar justicia a sus súbditos. Si no lo hace, sufrirá el juicio del Creador. La historia es el magno tribunal donde este juicio se sustancia. La mano de Dios es la realidad que conduce y corrige a los hombres. El único poder capaz de humillar a los soberbios (45).

Todo ello subraya una realidad básica. La gloria y el misterio de la monarquía. Luis, sagrado, es Dios sobre la tierra. El dispensador y sacerdote máximo, incorpora a la historia toda la Nación. El Rey, partícipe de una naturaleza superior, está despojado

---

(44) Sobre Versalles, en la literatura última: A. BLUNT: *Art and Architecture in France. 1500 to 1700*, 1593, págs. 230 págs. y siguientes; P. FRANCASTEL: «Versailles et l'architecture urbaine au XVII<sup>e</sup> siècle», en *Annales. Economies, Sociétés, Civilisation*, X, 1955, 4, págs. 465 y sigs., que sigue las huellas de Blunt sin citarlo.

(45) Se podría, forzando la analogía, hablar de un ocasionalismo político, última expresión de este racionalismo. También aquí este dios, héroe, sol de este mundo es la realidad fundamental, y, parafraseando el texto de Malebranche, «nous voyons toutes choses en le Roi». Cfr. MALEBRANCHE: *Recherche Verité*, III, 2, 5.

de su condición de hombre privado y puede interpretar el bien común. El mito tenía una justificación práctica. Frente al Rey no podía alzarse ningún partido, clase o facción. La monarquía era Francia, y Francia la monarquía. Todo iría bien mientras realidad y mito se acordaran, y Luis fuera el Sol dispensador de bienes. Pero llega un momento en que el Sol comienza a declinar.

2. Como se sabe, el Reino de Luis XIV dura cuarenta y cinco años. Aproximadamente hacia 1685 puede notarse una inflexión. Los enemigos externos se unen contra él. La situación interna es deplorable. Ambos hechos están enlazados. El Estado necesita cada vez más ingresos, y los obtiene aumentando todas las formas de tributación. Pero el país no puede sostener esta dura pesadumbre. Entonces, todas las polaridades y tensiones se aumentan, y empieza a destacarse la lucha sorda entre mando político y realidad social efectiva, que no sabe claramente lo que quiere, pero siente con gran agudeza su propio carácter problemático.

Los mayores sufrimientos los padece el campo. Son característicos a este respecto los informes de los intendentes que recoge el Conde de Boulainvilliers en su *Etat de la France* (46). Así el de la generalidad de Orleans respecto a la Beauce: «Aunque este sea el mejor país del mundo respecto a cereales, los campesinos se contentan con comer cebada con trigo y centeno». El de Rouen: «el pueblo está reducido a un estado de miseria que da compasión, porque de 700.000 almas que tiene la generalidad, si es que aún queda este número, se puede asegurar que no hay cincuenta mil que coman suficiente pan, y que duerman en otra cosa que paja» (47). En el Auvergne «el aceite de nueces es casi el único alimento del campesino» (48). En París: «la miseria del campesino es tal que los niños son enfermizos, débiles y de vida corta» (49). Los testimonios continúan. Particular fuerza tienen los del mariscal Vauban, de quien luego nos ocuparemos. Vauban nos

(46) Comte de BOULAINVILLIERS: *Etat de la France, dans lequel on voit tout ce qui regarde le Gouvernement ecclésiastique, le militaire, la justice, les finances, le commerce, les manufactures, le nombre des habitants, et en général tout ce qui peut faire conoître à fond cette monarchie. Extrait des mémoires dressez par les Intendants du Royaume*, 3 vols., Londres, 1727-28.

(47) *Etat de la France*, I, pág. 132, II, pág. 13.

(48) *Ibid.*, II, pág. 243.

(49) *Ibid.*, II, pág. 30.

los ofrece por partida doble. Particulares, respecto a una región, en su *Description géographique de l'élection de Vezelay*; generales, en su *Dixme royale*. Pues bien, he aquí lo que pasaba en Vezelay. «Los campesinos comen pan negro, los que ni siquiera lo tienen raíces hervidas con harina de cebada o avena y sal...» «Viven en una miseria extrema. Duermen sobre paja, sólo tienen los trajes que llevan y que son muy pobres, no tienen muebles... todo indica su necesidad» (50). Y en la *Dixme* ha reforzado el cuadro, y sacado las consecuencias, según luego se dirá. Pero no sigamos. Indudablemente tales situaciones de crisis económicas son más o menos pasajeras. Indudablemente también la situación jurídica del campesino ha mejorado, aunque todavía unos ojos perspicaces y desapasionados advertirán los muchos abusos a que estarán sometidos bien avanzado el siglo XVIII (51). Incluso cabe decir con un moderno que al mejorarse su posición, toda carga resultaba más pesada. Pero ni aún eso es lo peor. Lo peor es la raíz de que todo arranca: la situación fundamental del campesino en cuanto tal, en el cuadro de la sociedad toda. Recordemos el texto bien conocido de La Bruyère, en que éste nos pinta esos animales feroces, machos y hembras, repartidos por el campo, negros, lívidos y quemados del sol, removiendo la tierra; animales que tienen voz articulada y cuando se incorporan muestran un rostro humano y son efectivamente hombres. Por la noche se retiran a sus cubiles, comen pan negro, agua y raíces... (52). Lo anterior es impresionismo literario, que tiene el patetismo de un aguafuerte goyesco. Pero que nos lleva de la mano a la situación real, a lo más grave de la situación real. Tocqueville la ha recogido sagazmente en un texto áureo: «En el siglo XVIII el campesino francés ya no podía ser presa de pequeños déspotas feudales; sólo raramente estaba expuesto a violencias por parte del Gobierno; gozaba de libertad civil y poseía un trozo de tierra; pero todos los hombres de las otras clases sociales se habían apartado de él, y vivía más sólo que quizá había estado nunca en otra parte del mundo. Especie de opresión nueva y singular» (53).

Pero sigamos. La inquietud y crisis no reinaba sólo en el

(50) VAUBAN: «Description géographique de l'élection de Vezelay», en *Dixme royale*, ed. Coornaert, pág. 279.

(51) Cfr. YOUNG: *Travels*, ed. Maxwell, págs. 331 y sig.

(52) LA BRUYÈRE: *Caractères*, XI, 128.

(53) TORQUEVILLE: *Ancien Régime*, I, pág. 178.

campo, sino también en la ciudad. El fenómeno más importante en ella es la decadencia de la corporación. Por un lado, la corporación se convierte en organismo cada vez más cerrado, intenta acrecer sus monopolios, se opone a todo adelanto técnico. Por otro, su vida, en lucha con industrias privilegiadas, con oficios libres, con grandes comerciantes, es cada vez más difícil. Las corporaciones se arruinan. Muchas veces los maestros constituyen con los compañeros una especie de grupo proletario, en lucha y protesta continua. «Los más numerosos son los artesanos que se precipitan en la clase de los asalariados». Si a esto unimos los propios problemas de los compañeros, cuyas coaliciones y huelgas son cada vez más frecuente, nos explicaremos la inquietud que reina también en este sector. En los informes de los Intendentes, esta inquietud aflora en su expresión más elemental, como una crisis industrial y comercial. Así, en Picardía, las célebres fábricas de Sarga atraviesan una mala situación. «Son las únicas de esta clase de todo el reino y, sin embargo, la mayor parte de los obreros (*ouvriers*, dice el informe) mueren de hambre y tienen que abandonar su oficio, ya por la carestía de la lana, ya porque los impuestos ordinarios y extraordinarios se comen toda su ganancia» (54). En el Aubergne es la industria del papel, en donde ha abandonado el trabajo «más de la mitad de los maestros» (55). En la Turena, la situación es la siguiente: antes había 20.000 obreros de la seda, 8.000 telares, 700 molinos para preparar la seda, 40.000 personas para bobinarla; hoy quedan 1.200 telares, 70 molinos, 4.000 personas empleadas en la seda, a causa de la persecución de los protestantes y de las guerras (56). En Valogne, Caen, «había una manufactura de paño y gran comercio, ha desaparecido casi» (57). En Orleans, el comercio se ha reducido tanto y las imposiciones se han aumentado en tal forma que hay menos comerciantes (6.182) que oficiales reales o señoriales (7.447) (58). Pero no continuemos. Porque nada de ello da la dimensión efectiva del fenómeno, de que es síntoma disperso y oscuro. Pues la dimensión efectiva del fenómeno es que nos hallamos ante una crisis estructural, podríamos decir si se nos permite, de las formas de

(54) *État de la France*, I, pág. 72.

(55) *État de la France*, II, pág. 266.

(56) *État de la France*, II, pág. 155.

(57) *État de la France*, II, pág. 28; II, págs. 3 y sigs.

(58) *État de la France*, II, pág. 13.

explotación industrial. La corporación era cada vez más inadecuada para las nuevas condiciones de la vida económica. El intento de defender sus privilegios estaba fuera de tiempo. Cada día se sentía más intensamente la necesidad de terminar con cuadros de organización «aristocráticos» que coartaban la libertad de «naturaleza» de la industria y del comercio. Cada día se destacaba más la diferencia entre los que, como luego se dirá, creían que *le droit de travailler était un droit royal que le prince pouvait vendre y que les sujets devaient acheter*, y la naturaleza que *a fait du droit de travailler la propriété de tout homme* (59).

En todos los sectores se quiere terminar con el duro racionalismo externo del Estado, dejar libres las fuerzas múltiples y «naturales» de la sociedad. El nuevo empresario, comerciante y financiero, desea mayor campo de acción. La situación es singular. Los excelentes estudios de C.-E. Laubrouse nos han mostrado el último fondo de ella (60). Desde 1660, y casi durante un siglo, los precios en Francia, se mantienen en un nivel mediocre o bajo, con pocas oscilaciones de alza. En un país agrícola, con industrias en su comienzo y dispersa muchas veces en el campo, ello da origen a estas crisis repetidas. Los únicos que se salvan son los altos burgueses, empresarios y financieros, que especulan sobre la miseria del país. «En medio de la tempestad, suben como si las desgracias temporales les sirvieran de beneficios» (61). Así esta burguesía es la que ahora reivindica su libertad. Los documentos más característicos nos los ofrecen las defensas del comercio que se encierra en los informes de los diputados a que antes hemos hecho mención.

La crítica se amplía en la obra de dos autores contemporáneos del mayor renombre: el mariscal Vauban y Pierre le Pesant de Boisguillebert. El mariscal Vauban escribe su obra en 1698, la publica en 1707 (62). Quiere que sea real y exacta. Por

---

(59) Las expresiones son de TURGOT en el preámbulo de la ley que proclama la libertad de trabajo.

(60) C. E. LABROUSE: *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII<sup>e</sup> siècle*. I. *Les prix*, II, *Les prix* (fin). *Les revenus*, 1933; *La crise de l'Economie française à la fin de l'Ancien Régime, et pendant la Révolution*, I, 1944.

(61) SAGNAC: *Société française*, I, pág. 212.

(62) Hay dos ediciones principales: E. DAIRE: *Écrits des princ. Economiste-Financiers du XVIII<sup>e</sup> siècle*, I, 1843; *Projet d'une dixme royale*. ed. E. COORNAERT, 1933, que es la que aquí se utiliza.

ello la basa en la observación directa y en la estadística. «La vida errante que llevo hace más de cuarenta años, me ha dado ocasión de ver y visitar muchas veces y de muchas maneras la mayor parte de las provincias de este reino» (63). Las observaciones deben manifestarse en números. La estadística es el único medio «de hacer conocer el reino sin confusión y con facilidad» (64). Así Vauban «fué el creador de la estadística», «la estadística más paciente y minuciosa es puesta al servicio de los más nobles sentimientos» (65). Esta estadística le hace ver que Francia atraviesa una crisis. En primer lugar, se despuebla. Según sus cálculos, Francia podría sostener de veintiuno a veinticuatro millones de habitantes, y sólo tiene dieciocho. En segundo lugar se empobrece. Según todas las investigaciones que he podido hacer, en los muchos años que a ello me consagro, he podido notar que «en los últimos tiempos» cerca de la décima parte del pueblo está reducida a la mendicidad, y efectivamente mendiga; de las nueve partes restantes, cinco no están en situación de socorrerles porque ellos mismos están muy cerca de su desgraciada condición; de las cuatro partes que quedan, tres están en mala situación, y cargadas de deudas y procesos, y como en la última, en donde meto toda la gente de espada y toga, eclesiásticos y laicos, toda la alta nobleza y la nobleza distinguida, la gente que tiene un cargo militar o civil, los comerciantes y burgueses rentistas y bien acomodados, sólo puede contarse cien mil familias, no creo mentir si dijera que sólo hay diez mil pequeñas o grandes que pueden llamarse bien acomodadas (66). Y el buen mariscal reacciona seriamente. Es necesario corregir esto. La verdadera riqueza de un país es su pueblo. «Las riquezas del Rey, sus hombres». «Ese capital, es el que hay que administrar». Y cuando hablamos de pueblo, no sólo comprendemos capitanes, doctores y nobles, sino y principalmente hablamos del «menu peuple», que es la parte más considerable por su número y por los servicios que presta y por la cual no se tiene bastante consideración y por ello es «la parte más arruinada y mísera». El mariscal quiere presentar este

(63) VAUBAN, op. cit., pág. 6.

(64) VAUBAN, op. cit., pág. 195.

(65) «Vauban debe ser considerado como el creador de la estadística». DAIRE: *Notice historique*, op. cit., I, pág. 13. Cfr. ESPINAS, A.: *H. doctrines économiques*, pág. 166.

(66) VAUBAN, op. cit., págs. 6 y sigs.



pueblo menudo a su monarca, tan alejado de él, como el sol; tan absoluto frente a él, como una regla matemática. Esta «parte baja» del pueblo, advierte el buen mariscal en su presentación, es la que «por su trabajo y comercio y por lo que paga al Rey le enriquece, a él y a todo el reino. Ella le proporciona todos los soldados y marinos de sus ejércitos de tierra y mar, y gran número de sus oficiales; todos los mercaderes y los oficiales menores de la judicatura. Es la que ejerce y realiza todas las artes y oficios; la que hace el comercio y manufacturas del reino; la que proporciona los campesinos, vinateros y obreros agrícolas; la que guarda y alimenta los rebaños, siembra el trigo y lo recoge; poda las viñas y hace el vino, y, para decirlo en pocas palabras, es la que hace toda obra grande o pequeña, en el campo y la ciudad...» (67). El interés del príncipe no es distinto del de la comunidad de su pueblo. El Rey es como la cabeza de un vasto cuerpo, en donde ningún órgano puede sufrir sin que la vida general padezca. «No es posible que el cuerpo humano sufra lesión en sus miembros, sin que la cabeza sufra. Lo mismo puede decirse del cuerpo político» (68). Sólo la justicia asegura el orden y el bienestar. Ahora bien, es un axioma evidente que «todos los súbditos de un Estado tienen necesidad de su protección, porque sin ella no podrían subsistir». Esto sirve a Vauban no sólo para destacar la necesidad de que las clases humildes sean descargadas, sino, y a la inversa, para pedir que las clases poderosas sean sujetas a impuestos y tributación. El Estado necesita que sus súbditos, todos sus súbditos, lo sostengan, pues existe «una obligación natural que comprende a los súbditos de cualquier condición, de contribuir, en proporción a sus rentas e industria, sin que ninguno pueda dispensarse razonablemente de ella» (69). De aquí su fórmula de la *dixme reale*, en cuyos detalles no es necesario entrar.

Pierre le Pesant de Boisguillebert está de acuerdo con Vauban en lo fundamental (70). Así, advierte que «aunque Francia sea

(67) VAUBAN, op. cit., págs. 20 y sig.

(68) VAUBAN, op. cit., pág. 210.

(69) VAUBAN, op. cit., pág. 3.

(70) BOISGUILLEBERT: *Le détail de la France*, 1697, ed. Daire, cit., páginas 171 y sigs.; *Supp. au Détail de la France*, 1707, *Ibid.*, 259 y sigs.; *Factum de la France*, 1707, *Ibid.*, 267 y sigs.; *Traité des grains*, *Ibid.*, 352 y siguientes; *Diss. sur les richesses, l'argent et les tributs*. *Ibid.*, 394 y siguientes.

el reino más rico del mundo» (71) se halla en una situación de crisis. Los ingresos, tanto agrícolas como industriales, disminuyen por año (en 600 millones, calcula); las tierras dejan de labrarse; se arrancan las viñas; las industrias decaen; «dos o tres mil criaturas... perecen todos los años por lo menos de miseria»: hechos todos tan ciertos que basta abrir los ojos para notarlos (72). Ello se debe, próximamente, al régimen impositivo, cuyos defectos va examinando circunstanciadamente (73). Pero se debe, sobre todo, y en última instancia, a una falsa concepción de la riqueza de un país. Esta no consiste en el dinero. «El dinero no es más que medio y camino hacia los productos útiles a la vida, que son el fin y objetivo» (74). «La riqueza es un amplio goce de todo lo necesario para vivir» (75). El dinero es sólo instrumento de cambio. Por eso puede ser plata, papel o pergamino. Lo fundamental son los productos. El comercio produce la abundancia. Pero entiéndase bien: «siempre que se deje hacer a la naturaleza, esto es, se le conceda libertad y nadie se mezcle en él, como no sea para deparar protección a todos e impedir la violencia» (76). O como dice en otro momento: «déjese hacer a la naturaleza, y a la libertad, que es el representante de esta misma naturaleza» (77). De aquí que el problema se amplía: la crisis de Francia es un defecto de consumo, de distribución y goce de los productos, esto es, un defecto de riqueza provocada por un atentado contra las leyes de la naturaleza. O si se quiere, es la venganza de la naturaleza. *La nature même... se venge aussitôt* (78). La intención de ésta es que todos los hombres vivan cómodamente de su trabajo o del de sus antepasados. Pero cuando alguien interviene contra sus leyes, que son fuente de justicia, se termina el bienestar individual y colectivo. El remedio, en último término, es bien sencillo. Consiste sólo en esto: déjese obrar a la naturaleza, que pide libertad, propiedad, trabajo y comercio recíprocos. *Une fois qu'on laisse faire*

---

(71) *Détail France*, pág. 171.

(72) *Supp. Détail France*, págs. 259-263.

(73) *Détail France*, págs. 179-209.

(74) *Détail France*, pág. 210.

(75) *Factum France*, pág. 276.

(76) *Factum France*, pág. 280.

(77) *Factum France*, pág. 286.

(78) *Diss. sur les richesses*, pág. 408.

*la nature, on ne doit rien craindre.* Las medidas particulares saldrán de aquí. Su sentido es fácilmente deducible.

Paralela a esta línea fundamental económica, discurre la que pudiéramos llamar línea de crítica política. En esencia tiene dos manifestaciones principales: la católica y la protestante. La primera deriva del renacimiento del catolicismo francés de comienzos del siglo. De hecho, en los primeros años del siglo XVII, Francia había asistido al espectáculo edificante de una profunda renovación religiosa. Después de San Francisco de Sales va a surgir el Oratorio del Cardenal de Bérulle, y de él y de su noviciado saldrán una compañía de sacerdotes regulares; junto a ellos, las obras del padre Ollier, del padre Bourdoise, de San Vicente de Paúl... Los padres de la doctrina cristiana se instalan en París; comienza un gran movimiento misional, etc. Las finalidades son prácticas y efectivas. Su expresión política más importante la tenemos en la figura de Fenelón. Fenelón discute el principio fundamental de la monarquía de Luis XIV. Para él, siguiendo a Santo Tomás de Aquino, los reyes se hacen para los pueblos y no los pueblos para los reyes, y un rey que cree ser feliz haciendo desgraciados a los hombres, es el más desgraciado de todos ellos (79). Aplicado lo anterior a la realidad francesa resulta tanto la parte crítica como la constructiva. La crítica es muy análoga a la protestante. El mayor mal es que se haya olvidado el Estado y se hable sólo del monarca. «Hace aproximadamente quince años ... no se ha vuelto a hablar del Estado y de normas: no se ha hablado más que del Rey y lo que bien le placía» (80). Ello ha dado lugar al dominio arbitrario. En el fondo, no del Rey, sino de los ministros. «Cada ministro ha sido el amo en la extensión de su administración» (81). Las consecuencias han sido dobles. En el exterior, guerras continuas. En el interior, envilecimiento y empobrecimiento del país. En el exterior, guerras continuas e injustas, terminadas por tratados de paz injustos. La conquista no justifica la posesión. «Es inútil decir que éstas eran necesarias al Estado: el bien de otro no es nunca necesario» (82). O como dice en el *Examen de conscience sur les devoirs de la royauté*: «Todo lo que se toma por

(79) Los escritos políticos de FENELÓN pueden consultarse en *Écrits et Lettres politiques*, ed. Ch. Urbain, 1920.

(80) *Lettre à Louis XIV*, op. cit., pág. 144.

(81) *Ibid.*, 145.

(82) *Ibid.*, 146.

pura conquista se toma injustamente, y hay que restituirlo» (83). Ni aun por causas religiosas se justifica el uso de la violencia. «Ninguna potencia humana puede forzar el sagrado impenetrable de la libertad del corazón. La fuerza nunca persuade a los hombres: no hace más que hipócritas. Cuando los reyes intervienen en la religión, en lugar de protegerla, la hacen sierva. Acordad, pues, a todos la tolerancia civil» (84). Internamente, el resultado ha sido la corrupción de la Iglesia, de las magistraturas, la multiplicación de oficios, la pobreza del pueblo entero. «Vuestro pueblo, que deberiais amar como vuestros hijos... muere de hambre. El cultivo de la tierra está casi abandonado, las ciudades y campos se despueblan, todos los oficios languidecen y no alimentan a los obreros. Todo comercio está destruído» (85). El resultado negativo da más fuerza a la teoría positiva. El Rey es servidor de la ley, y por ello servidor de su pueblo. Servidor de una ley universal, que llama una vez *la grande loi de la nature*, obra de Dios y que obliga al servicio del bien público, del interés general de la sociedad. «El interés general de la sociedad es, pues, la ley inmutable y universal de los soberanos... fuente y regla de toda otra ley» (86). Para ello la ha puesto Dios, y el Rey que la cumple puede ser llamado «el hombre de las leyes y el hombre de Dios» (87). Eso de un lado. De otro, el Rey ha celebrado un pacto con su pueblo: de respetar sus usos, costumbres y reglas: «debe hacerse a la nación, plegarse a las costumbres, acostumbrarse a sus prejuicios, y sobre todo instruirse en las leyes del país y guardarlas religiosamente» (88). Este es un estricto deber de conciencia. No debe conculcar esta constitución fundamental, que le ata a la historia. En sus proyectos de reforma concretos, todo este programa se condensó en el reconocimiento de los derechos de la nobleza. Junto a él se halla el Duque de Saint-Simon, uno de los escritores más brillantes e interesantes de la época. La línea de

(83) *Examen*, op. cit., pág. 55.

(84) *Principes fondamentaux d'un sage gouvernement*, op. cit., páginas 90-91.

(85) *Lettre à Louis XIV*, op. cit., 149.

(86) *Principes fondamentaux d'un sage gouvernement*, op. cit., página 92.

(87) *Lettre au Marquis de Louville*, op. cit., pág. 164.

(88) *Ibid.*, 165.

Fenelón se continuará más tarde por el último gran representante de la oratoria sagrada: por Massillon (89).

Pero donde toma la crítica toda su acritud es por parte de los protestantes. Los hugonotes habían visto limitados los derechos que les había concedido el Edicto de Nantes, arrebatados sus hijos, sufrido las «dragonadas», revocado el Edicto, echados de sus tierras; todo ello no sin que preladados y católicos ejemplares protestaran, compadeciéndose cristianamente. Por ello, una vez en el destierro no se alzan contra Francia, sino contra el Rey. Es interesante sobre todo un libro anónimo que se publica en Amsterdam en 1689: *Les soupirs de la France esclave qui aspire après la liberté* (90). La obra tiene carácter propagandístico, incluso en la forma de su publicación: «por ello, en lugar de darla de una vez, la daré en partes, pues he aprendido por experiencia que las hojas volantes penetran, se leen y se venden mucho mejor que los libros» (91). Está dividida, pues, en quince memorias, cada una con una fecha, de 10 de agosto de 1689 a 15 de septiembre de 1690. Las memorias pueden dividirse en tres clases: de la una a la cinco, son fundamentalmente críticas (92). Se trata de poner de manifiesto la opresión de Francia. Primero, opresión de la Iglesia tanto católica como protestante: «los reyes de Francia se han hecho papas, muftis, grandes pontífices y príncipes absolutos de las cosas sagradas» (93). Segundo, de los Parlamentos y magistraturas: «Hoy en día (los Parlamentos) son compañías sin autoridad y casi sin honor, a causa de las bajezas e injusticias que están obligados a hacer para complacer a la Corte» (94). Tercero, de la nobleza: «Esta nobleza tenía antes grandes privilegios; hoy está reducida al extremo, como el resto del Estado, y los privilegios de los nobles no son más que sombras y telas de arañas que no les ponen al abrigo de nada» (95). Cuarto, de las ciudades: «Las fran-

---

(89) MASSILLON, J. B.: *Oeuvres*, 2 tomos, 1870.

(90) Utilizo la edición de 1689, creo que la única, sin indicación de lugar de impresión. Después de la VI Memoire inserta un «Detail de tout ce qui s'est passé dans les nouveaux soulevement», con distinta numeración de páginas.

(91) *L'imprimeur au lecteur*, pág. 2.

(92) *Soupirs de la France esclave*, I-V, págs. 3-78.

(93) *Soupirs de la France esclave*, pág. 5.

(94) *Soupirs de la France esclave*, pág. 10.

(95) *Soupirs de la France esclave*, pág. 11.

quicias de las ciudades, como los privilegios de otros cuerpos del Estado, no son más que sombras y palabras» (96). Quinto: opresión del pueblo por «el prodigioso número de impuestos» y «por el modo de hacer su leva» (97). El resultado es que *la France est reduite à la dernière pauvreté* (98). Y todo ello, porque «el Rey ha tomado el puesto del Estado. Es el servicio del Rey, es el interés del Rey. Es la conservación de las provincias y de los bienes del Rey. En fin, el Rey lo es todo, el Estado nada» (99). Lo cual no es otra cosa que una potencia despótica y un poder arbitrario. *C'est la puissance despotique et le pouvoir arbitraire, absolu et sans limites que les Rois de France s'attribuent et que Louis XIV a exercé et exerce d'une manière à faire trembler tous les pais qui ont des Rois* (100). Varias causas fundamentales tiene tal tiranía: a), la teología y la jurisprudencia esclavas, defendiendo el derecho divino de los reyes; b), los bienes de la Iglesia, que son la cuarta o tercera parte de los bienes totales del reino, y de cuya distribución se ha apoderado la corte; c), haber interesado en su sostenimiento al reino de las finanzas, que se ha constituido en «un Estado dentro del Estado»; d), haber arruinado y envilecido al pueblo, para quitarle el valor y mantenerlo en la esclavitud; e), haberse convertido en amo y señor del bien de los particulares; f), haber hecho dependiente de la corte todo lo grande e importante del reino; g), ser dueño de todos los empleos y cargos; h), la institución de intendentes, para regir las provincias; i), la manera de organizar el gobierno central, y sobre todo, j), la fuerza y la violencia (101). La primera es como la raíz de todas: una «jurisprudencia loca y una más loca teología» que ha enseñado que «los príncipes soberanos son la viva imagen de Dios sobre la tierra», «que no están obligados a nada respecto a sus pueblos»; «que están sobre las leyes» «que los pueblos han sido hechos para los reyes», etc. (102). A esta primera parte crítica sigue una

---

(96) *Soupirs de la France esclave*, pág. 13.

(97) *Soupirs de la France esclave*, págs. 17, 19.

(98) *Soupirs de la France esclave*, pág. 21.

(99) *Soupirs de la France esclave*, pág. 23.

(100) *Soupirs de la France esclave*, pág. 29.

(101) He aquí la correspondencia exacta de cada causa en las páginas del libro: (a), págs. 50-54; (b), 54-58; (c), 58-62; (d), 63-66; (e), 66-68; (f), 68-70; (g), 70-72; (h), 72-74; (i), 74-76; (j), 76-78.

(102) *Soupirs de la France esclave*, págs. 50 y sigs.

segunda histórica, para probar que «esta potencia absoluta del Rey de Francia es usurpada»; y una tercera, que podríamos llamar constructiva, para probar «que los franceses deben pensar en restituir a la monarquía su forma antigua» (103).

La complicación del momento, su carácter crepuscular e incierto, se manifiesta también en la literatura. Debemos a Paúl Bénichou un libro certero y valiente sobre los sistemas morales del Gran Siglo (104). La transformación de la sociedad francesa se manifiesta literariamente en lo que él llama la decadencia del héroe. El fenómeno puede apreciarse ya en Blas Pascal, y va a fecundar todo el movimiento jansenista, que tanta importancia tiene en toda la época. «El héroe, tal como Corneille lo había concebido, esta naturaleza superior a la naturaleza, este tipo de hombre sobrehumano, que fué el modelo ideal de la aristocracia mientras permaneció fiel a su tradición, no tiene peor enemigo que el pesimismo moral que acompaña la doctrina de la Gracia eficaz» (105). Todo tiende, en estos pensadores, a mostrarnos el hombre como el ser más alejado de esta invencibilidad y constante fidelidad a sí mismo, que era la marca del héroe y semi-dios, que la aristocracia imagina y que aparece en la tragedia conneliana. El hombre es inconstante, versátil, naturaleza arrastrada por la naturaleza. Le dominan, en primer lugar, las fuerzas exteriores, que hacen de él, físicamente, la «caña» más débil de la naturaleza. Luego, la costumbre: *J'ai gran peur*, decía Pascal, *que cette nature ne soit elle-même qu'une première coutume, comme la coutume est une seconde nature*. Su temperamento, etc. Todo ello lleva a dos consecuencias: a) La denuncia del testimonio general de la conciencia, alabando la grandeza humana, y su desenmascaramiento como vanidad. b) La desconfianza universal de la naturaleza. Habiendo puesto aparte a Dios y al orden de la gracia, la naturaleza es el dominio de la necesidad, y en cuanto tal moralmente indiferente. Ahora bien, «al unificar la naturaleza, a costa de lo sublime moral, unifican la humanidad a costa de las prerrogativas de nacimiento» (106). En realidad, con ello

---

(103) *Soupirs de la France esclave*; la parte histórica comprende VI-XI, páginas 79-174 (esta página está numerada, por error, como 574); la parte constructiva XI-XV, págs. 175-238.

(104) BÉNICHOU, P.: *Morales du Grand Siècle*, 5.<sup>a</sup> ed., 1948.

(105) BÉNICHOU, op. cit., pág. 97.

(106) BÉNICHOU, op. cit., pág. 103.

se expresaba el sentimiento de la burguesía, a los veinte o treinta años de la derrota de la Fronda (cosa que, por otro lado, ya apreció Saint-Beuve). Naturalmente, como estamos todavía en pleno barroquismo, esta refutación de la aristocracia tenía todavía un aspecto escatológico imponente y teatral. Pero una vez unificada la naturaleza, su gobierno es confiado a la razón. Hay en el jansenismo la misma tendencia que en la Reforma: se aportan de la jerarquía exterior para reforzar la severidad interior, incluso la autonomía moral. De aquí que no hay oposición entre la degradación de la naturaleza y el mundo de la razón. «Podía asombrarnos encontrar en el jansenismo, tan severo respecto al hombre natural, una afirmación semejante de las prerrogativas de la razón. La anomalía desaparece si se piensa que los jansenistas defendían bajo el nombre de razón no las excelencias del hombre, sino los derechos de la conciencia, tal como podían concebirlos en cuanto cristianos» (107). A esto se une otra cosa. La elección divina tiene tal valor suprahumano y sobrenatural que las almas que la reciben queda por encima de todas las miserias, se sienten libres de toda servidumbre. Opera otra vez aquí, como en el calvinismo, el orgullo de los elegidos. De aquí que esta libertad, libertad interior, libertad del cristiano, dió fuerza a la alta burguesía en su lucha contra la aristocracia, y en su posición dentro del Estado. «Port-Royal encerraba en germen, en la mezcla de regla e independencia que la caracteriza, toda una empresa de renovación y emancipación en el sentido moderado en que la entendían un grupo de notables» (108). De ella podía salir un gobierno de los notables. Pero el Estado los miró con desconfianza. El jansenismo afirmó la burguesía y destruyó los ideales aristocráticos, su influencia se ejerce sobre el teatro de Racine, sobre la obra de La Rochefoucauld, sobre el de Molière y sobre la vida misma. Como aspiración o partido político fracasó (109).

Lo anterior puede parecer exagerado. Basta, sin embargo, considerar un poco las obras citadas para comprender su sentido. Primero, cronológicamente, La Rochefoucauld. La Rochefoucauld in-

(107) BÉNICHOU, op. cit., pág. 118.

(108) BÉNICHOU, op. cit., pág. 121.

(109) La impronta en el arte puede verse en un libro muy sugestivo, aunque no logrado: H. A. HATZFELD: *Literature through Art*, 1952, y en el espléndido de A. BLUNT: *Art and Architecture in France, 1500-1700*, 1953



tervino en las dos Frondas, con un papel brillante y equívoco. Fracasado, enfermo, desengañado, tiene una vejez pacífica sólo turbada por desastres familiares. Fué entonces cuando escribió sus *Maximes*. La máxima, en cuanto género, tiene una justificación social general, un origen específico, y unos peculiares contenido e intención. a) Una significación social general. El mismo Paúl Bénichou se ha detenido a considerarla, al final de su obra citada. Toda vida social no es sólo un modo de sentir y actuar, sino un modo de pensar, y de concebir los valores. Todo hombre social es un ideólogo, porque toda sociedad es una organización discutible, que vive justificándose. Cualquier idea no es un mero reflejo de condiciones sociales, sino es un proyecto, una manera de conducir los hombres. «El término *máximas* nos indica bien el aspecto práctico, tendencioso, y al mismo tiempo la pretensión de generalidad de todo pensamiento moral», en este sentido amplio. La máxima es el resultado decantado, por una época, del saber necesario para la acción (110). b) Junto a esta significación social general, está el origen específico de las que ahora nos ocupan. La nobleza se reúne en la corte. El confinamiento en un espacio dado, y la conexión entre la fortuna propia y las voluntades ajenas, dieron origen a que el hombre fuera la realidad eminente que condicionaba el destino del hombre. El conocimiento del hombre se hace preocupación fundamental. Como preocupación básica atraviesa todo: llega incluso a ser el tema fundamental de la conversación y del juego. En el curso de sus reuniones, la clase ociosa proponía un punto discutido de moral o psicología. Se buscaban fórmulas agudas para hacer un retrato o dar una regla. El genio de la sociedad y el del propio autor se conjugan en esta tarea. c) El contenido o intención alían, en una peculiar síntesis, elementos antiguos y modernos. El barroco se había detenido a considerar, una y otra vez, el espectáculo multiforme de la vida: Proteo, encantamiento, multiplicidad de formas. El mundo, reino de metamorfosis. Proteo dando la mano a Circe. La naturaleza danzando y transformándose. Sobre todo, el hombre: el ser de los mil disfraces. El disfraz es apariencia, revestimiento, a veces salvación del decoro. Un poco de ostentación vale más que mucho de realidad oculta. Ostentación, disimulo, respeto a las formas: escenario. En último término, ello representaba un ablan-

---

(110) BÉNICHOU, op. cit., págs. 219 y sig.

damiento peligroso de todo: bastaba acercarse al escenario para ver la materia con que el barroco trabaja: la supuesta piedra es tembloroso cartón. Pero todavía el conjunto podía permitir la afirmación incondicionada del yo, postulada por la clase dominante. En el yo y en la fuerza de sus pasiones, se tenía el *prius* que permitía considerar todo como *posterius*: el Proteo que se revelaba en mil formas, la Circe de los encantamientos (111). Lo peligroso es cuando se levante la máscara que recubre el héroe, y se advierta que la grandeza era vanidad e hipocresía. He aquí el contenido e intención de La Rochefoucauld. Como una especie de Mandeville aristocrático denuncia en todo el egoísmo y el vicio. «Cada una de sus máximas es como una punzada que deshinchas el ideal enfático y las aspiraciones sobrehumanas de su época: novelas preciosistas o tragedias cornelianas. Los jansenistas aplaudían: en aquel implacable análisis del egoísmo humano encontraban la demostración, para ellos tan grata, del estado de corrupción en que vive la naturaleza degradada» (Lanson). Lo anterior no quiere decir que el autor tuviera una intención religiosa. Lo peculiar es que La Rochefoucauld quiere sólo formular imparcialmente, con científica probidad, los hechos que observa. Pero el incipiente análisis no sólo destruye el héroe, sino desconcierta el mundo todo. Mientras que se pensaba que el héroe hacía del mundo escenario, éste tenía sentido. Al descubrir, detrás de la máscara del héroe, la desmedrada faz del egoísmo, el mundo se convierte, pura y simplemente, en desfile de esperpentos. Lo que podía hacer Mandeville: sacar de los vicios una utilidad económica y social, está aquí imposibilitado por el entorno social que rodea al escritor. La Bruyère extraerá la consecuencia de esta ingente desesperación barroca (112).

Pero antes, las tensiones de la época se refractarán múltiplemente. Racine y Molière son casi contemporáneos, éste un poco más viejo. Empecemos por aquél. «Las tragedias de Racine pueden ser consideradas como el encuentro de un género tradicionalmente alimentado de sublimidad, con un nuevo espíritu naturalista, de-

---

(111) El precioso libro de J. ROUSSET: *La littérature de l'age baroque en France. Circé et le Paon*, 1953, y el capítulo del mismo autor «Le Baroque» en *Histoire des Littératures*, dir. R. Queneu, II, 1956, págs. 87 y siguientes.

(112) LANSON-TUFFRAU: *Historia de la literatura francesa*, tr. esp. J. Petit, 1956, págs. 192 y sigs.

liberadamente hostil a la idea misma de lo sublime». Las exposiciones al uso suelen subrayar, quizá sin apercibirse de su importancia, el nuevo espíritu que Racine infunde en la antigua tragedia: sencillez, verosimilitud, juego natural de sentimientos. Racine mismo ha definido su poética en los prefacios de *Britannicus* y *Bérénice*. El efecto trágico cambia su centro de gravedad: el héroe privado de la gracia, se encuentra inerme frente a la tiranía de las pasiones. En cierto sentido era continuar la técnica de La Rochefoucauld: era desenmascarar. La talla desmesurada del héroe se reduce, ya no es el carácter excepcional: es el hombre. Este desenmascaramiento no queda aquí. La dialéctica del héroe corneliano exigía la acción extraordinaria: en cierto respecto, el carácter heroico requiere obstáculos insuperables; sólo así: en esta gigantesca agonía de héroe y hazaña se destaca lo sublime. La degradación del héroe no entrañaba sólo su humanización, sino algo más: su naturalización. El carácter natural de los instintos que dominan al hombre, modifica todo. Su brutalidad no necesitaba nada exterior para producir la tragedia: la llevaba en sí misma. La brutalidad natural, oculta tras la máscara, brutalidad fatal que vence la voluntad, se despliega en una serie de efectos. Es teatral por esencia. Junto a este naturalismo jansenista de Racine, se han marcado dos rasgos subordinados que vienen también de su entorno concreto. Lo que el heroísmo perdía, se encuentra en parte compensado por el prestigio que sostiene la corte misma, sus fiestas y triunfos. Todo lo verdaderamente grande residía en la realeza y en su proximidad. El prestigio de una posición destacada coloca a reyes y príncipes por encima de los demás mortales. La conexión entre aristocracia y supremos valores morales se ha perdido; su carácter destacado queda pendiente simplemente de su situación. De aquí que, aun reconocido el naturalismo de las pasiones, el ámbito propio de la tragedia es el que habitan reyes y grandes. «La posición de la acción trágica, fuera de los límites comunes de la vida, ha seguido siendo una exigencia estricta todo el tiempo que ha durado la grandeza real y el prestigio de la corte. El destino entero de la tragedia se ha desarrollado... sobre esta convención, que era más que una convención, y cuya ruina ha entrañado la de todo el género». Por lo pronto, como segundo carácter subordinado, y puesto que en las mujeres se revela más la fuerza de las pasiones y son protagonistas de la vida de la corte, el teatro de Racine es

preferentemente femenino. «La voluntad de la mujer es en general, para Racine, débil o nula; su razón cede; la gobiernan sobre todo sus instintos. Era, pues, natural que diera a la mujer el primer lugar en sus tragedias. Observemos, de paso, que por aquella misma época ocupaba también el primer lugar en sociedad (Lanson) (113).

Molière fué buen amigo de Racine. Sin embargo, entre ellos hay toda la diferencia que separa el mundo de la comedia del de la tragedia. Si ésta no fuera más que una distinción de manual, no tendría demasiada importancia. Pero la ley de la comedia empieza con el mismo que la escribe. La existencia de Molière tenía que desarrollarse en el ruedo de la vida diaria y corriente. A primera vista, nos instalamos fuera de toda grandeza, por tanto, de esa que puede definir un ideal moral. La vida cotidiana nivela todo con su prosa; la comedia, que sale de ella y se dirige a un público más extenso, parece que va a ofrecer únicamente el plano de lo que se dice, se piensa o se practica. Nada con valor sistemático definido. Sin embargo, se ha dicho y con razón que la formulación sistemática de los ideales y, por tanto, de los valores morales de una sociedad, es la excepción. La sociedad en su conjunto se conduce por puntos de vista que no tienen muchas veces ni claridad ni rigor, sin dejar por eso de tener fuerza de persuasión y dirección. Lo que se llama sentido común ha operado una finísima criba para dejar pasar sólo lo que tiene que ser operante en un momento determinado. La comedia de Molière nos ofrece un determinado ideal que está arraigado en su época, aunque desde ciertos puntos de vista es universal humano. Este ideal se desprenderá de las tensiones entre lo antiguo y lo nuevo. Lo que va a pintar es, pues, la inestabilidad en cuanto tal: una aristocracia domesticada, en donde la pretensión de grandeza se convierte cada vez más en deseo de placer y vano afán de ostentación; y una burguesía, muchas veces mediocre o ridícula, al ser infiel a sí misma y querer imitar la clase alta. De un lado, la seguridad del aristócrata puede conducir a un amoralismo, más allá de todo lo corriente y aceptado. Esta amoralidad, exenta de sentimiento de culpabilidad, se ha de expresar de modo decisivo en don Juan. El tipo de gentilhomme escandaloso, espadachín y

---

(113) Las conexiones entre Racine y el arte plástico: HATZFELD, op. cit., 70 y sigs., 77, 83 y sig., etc.

mujeriego, en donde degenera el estilo de vida de un grupo hecho para el mando, la lucha y la conquista, «atraviesa los siglos monárquicos, grande solamente, con una especie de vana grandeza, en la medida en que desafía la temblorosa tontería de los hombres, y sabe dar predominio al placer sobre el interés, sobre la vida misma» (114). De este modo, don Juan, con su demoníaca grandeza, nos ofrece el ejemplo de un hidalgo desprendido de lo que daba equilibrio y norma a su grupo —el *noblesse oblige*—, que conserva todavía, como un valor vital, los reflejos naturales del orgullo y la bravura: el desprecio y olvido del peligro. Su destrucción nace de su limitación. Lo mismo sucede en el otro extremo: cuando el afán mísero y acaparador se hace pasión decisiva. Harpagnon es típico. La pasión de poseer encuentra en él su verdadero objeto, el dinero, y su forma acabada, la locura. Molière llega a la caricatura más extrema de la desconfianza miedosa como forma de vida: todo el que se le acerca le parece a Harpagnon un ladrón. La comicidad se acentúa cuando este afán posesivo se quiere ejercitar con la mujer. El mísero, desconfiado y engañado, pasa a ser uno de los máximos tipos cómicos. Al lado de ellos, se mueve un mundo rico de figuras y tipos a los que da individualidad marcada la fuerza de sus pasiones. No los enumeremos, ni siquiera apuntemos su complicación. Veamos la lección que saca de todo esto. Porque, en efecto, las tensiones no le llevan a negar los términos de ellas, los hombres como seres instintivos, sino a procurar remediar la tensión en cuanto tal. Su moral naturalista le obliga a aceptar el hombre tal como es: criatura natural, llena de instintos, que se desarrolla según su ley propia. «Otorga a cada individuo el derecho de desarrollar su naturaleza, a condición de que cada uno respete el mismo derecho del prójimo» (Lanson). Todas las tensiones se pueden resolver con la comprensión, la simpatía y la tolerancia. La confianza mutua entre marido y mujer, al padre y al hijo, crea la familia, también la sociedad. En realidad, la grandeza del instinto que supera sus límites, es sólo grandeza del que se destruye a sí mismo. La vida requiere, hedonistamente, una honradez en que el instinto no se niegue ni se destruya, pero se establezca la concordia, la paz y

---

(114) BÉNICHOU, op. cit., pág. 171.

la mutua confianza, como virtudes humanas. Se definen así los auténticos ideales burgueses (115).

No sigamos. La Fontaine continuará, en cierto modo, esta línea. La destrucción del héroe. La Fontaine será el poeta de la vida común, vulgar, que consigue su bien de forma moderada, sin dañar a los demás. Su inmortalidad está asegurada. Es la inmortalidad de un poeta menor, que sabe dibujar una línea perfilada, precisa y, por eso, clásica (116). Junto a él, La Bruyère dibuja la línea en otro sentido. Se ha comparado su obra con la Addison, Steele, Swift, y Defoe en Inglaterra (117). Pero con una diferencia: es una obra barroca, llena de ingente, negativa desesperación. En todas formas, la obra sirve al despliegue de la burguesía por su observación certera y apasionada de los vicios de la sociedad de la corte. Esta observación nos ofrece un tremendo cuadro. En medio está el Rey, intocado e intocable, como un *rond-point* a que llegan todos los caminos. Alrededor de él, una sociedad de esferpentos. La corte donde se acuestan y se levantan por el interés, donde no hay nada más esclavo que un cortesano asiduo, como no sea otro cortesano más asiduo (118); las provincias, llenas de nobles «inútiles a su patria, a su familia y a ellos mismos, frecuentemente sin techo, toga ni mérito, tratando a todo licenciado, doctor o magistrado de burgués, y llenando su vida con sus pergaminos y títulos»; los magistrados o *noblesse de robe*, cuya función debía ser un sacerdocio, siempre en el teatro o baile, con ornamento de trajes lujosos y complicados, vendiendo la justicia, arrogantes con el débil y extremosos con el fuerte; los financieros, que tienen sus riquezas a título oneroso, pues han puesto en prenda su reposo, salud, honor y conciencia, en un mercado demasiado oneroso, en donde no hay nada que ganar; y al fondo del cuadro, aquellos seres, renegridos y pálidos, inclinados sobre la tierra y abandonados de todos, que resultan que son hombres: los campesinos. Su pluma estaba tinta en accido corrosivo. Y precisamente sin darse cuenta él mismo, sus salvajes ataques contra la nobleza parasitaria, contra la inmoralidad

(115) Sobre la moral de Molière, LAMSON-TUFFRAU, op. cit., 234 y sig.

(116) H. BUSSON: *La Religion des classiques*, 1948, 271 y sigs. Una preciosa observación en HATZFELD, op. cit., 73 y sig.

(117) J. B. WOLF: *The Emergence of the Great Powers, 1685-1715, 1951, The Rise of Modern Europe*, dir. W. L. Langer, pág. 271.

(118) LA BRUYERE: *Les Caractères, de la Cour*, 22, 61, 69.

dad y vicio de su época, contra la sociedad en que el favoritismo y nacimiento es todo y nada la virtud y el mérito, «preparan el camino a una sociedad en que la igualdad, la honestidad y el buen sentido fueran los rasgos dominantes».

Pero el camino más certero para ello no estaba en este tremendismo barroco, que había ya cultivado amplia y desesperadamente nuestro Quevedo. El camino más corto para ella estaba en la nueva instancia a que se había confiado el hombre moderno: en la instancia de la razón. En un curioso modo tal instancia estaba implicada en todo lo anterior, oculta o explícita. A veces toma formas singulares. Tal la que adopta en una de las figuras más influyentes sobre el momento que tratamos: Saint-Evremond. Saint-Evremond vive en Inglaterra en un exilio jugoso y amable desde 1661. Allí escribe a sus amigos, publica, da reglas del vivir. El mismo se presenta como «un filósofo alejado por igual de la superstición y de la impiedad», «cuya felicidad consiste en su razón» (119). La última afirmación hay que tomarla en todas sus partes: quiere decir, por un lado, que este filósofo busca la felicidad. El fin de la vida es el placer. Epicuro debe adoctrinarnos. «Confieso, dice Saint-Evremond, que de todas las opiniones de los filósofos respecto al supremo bien no existe ninguna que me parezca tan razonable como la suya (la de Epicuro)» (120). La sabiduría tiene un objeto adecuado y limitado: conocerse a mí mismo. «El hombre que quiere conocer todo, no se conoce a sí mismo». La razón no ha sido dada a los hombres para pretender un conocimiento infinito, sino para regular su vida, *pour menager nos plaisirs* (121). De aquí el verdadero sentido de la frase: la felicidad *por* la razón. «Es necesario amar la norma para evitar la confusión, hay que amar el buen sentido que modera el ardor de una imaginación encendida» (122). Pero esta razón no es una razón inhumana y rigorista. De la escuela de rigoristas «he visto salir gente grave y compuesta que daban una forma muy ridícula a la *prud'homme*». Las «gentes verdadera-

---

(119) «Portrait de Saint-Evremond par lu même», *Oeuvres*, publicadas con una introducción y notas por R. DE PLANHOL, 3 vol., 1927, I, pág. 5.

(120) «Sur la moral d'Epicure», *Oeuvres*, ed. cit. I, pág. 16. Cfr. «Sur l'amitié», *Ibid.*, 61. «Jugement sur les sciences». *Ibid.*, 87.

(121) «Sur l'immortalité de l'âme», *Oeuvres*, ed. cit., I, pág. 95. «Sur les plaisirs», *Oeuvres*, ed. cit., I, pág. 10.

(122) «De la comedie anglaise», *Oeuvres*, ed. cit., I, pág. 124.

mente honestas» saben que «hay que quitar a la norma toda coacción que importune; y alejar una razón escrupulosa que, por un atenuamiento exagerado a la justicia, no deja nada libre y natural» (123). Nuestro primer atenuamiento debe ser a la razón, a la justicia y a la libertad. De aquí «el libertinaje», la escuela de libertinos. ¿Hasta qué punto ha influido en la vida francesa de este momento? Monet, y con él ciertos estudiosos del momento, han creído que mucho. No entremos en detalles. Lo único importante es que en esta forma se despliega la burguesía. Se trataba de afirmar una ley de razón —hay que conocer las razones concretas de cada cosa— que es al par una ley de vida: vivir conforme a la razón, a la «buena ley natural», que dirá La Fontaine. Tal apariencia tranquila, sin embargo, no engañaba a los adversarios. De antiguo venía la desconfianza y el temor de esta razón. Pero desde 1671, el poder toma la ofensiva. El Rey prohíbe por una orden verbal la enseñanza de la filosofía cartesiana en París; la Universidad de Anger daba un curso sobre Descartes, hay que suspenderlo. Hay que atenerse a la física de Aristóteles. La nueva ciencia es inmoral. No conviene que la tierra gire alrededor del sol. Así el padre André en sus *Eléments d'astronomie* le parece mejor hablar del sol como un planeta. «Creemos que hay que advertir a los principiantes que hace cerca de un siglo todos los astrónomos de Europa han adoptado el sistema de Copérnico, rectificado por el genio de Keplero... La Academia de Ciencias no admite otro... Sea lo que fuere, nosotros continuaremos, en los tratados que siguen, hablando del sol como de un planeta que se mueve realmente alrededor de la tierra» (124). Incluso a la sangre, se le ordena que no circule por el cuerpo, lo que lleva a Boileau a componer su «arrêt burlesque» prohibiéndole «continuar siendo vagabunda, errando y circulando por el

---

(123) «Conseils à un exilé», *Oeuvres*, ed. cit., I, pág. 23. «De la comédie anglaise», *Ibid.* Cfr. en «Reponse and plaidoyer de M. Erard pour M. le Duc de Mazarin contre Mme. La Duchesse, son épouse», *Ibid.*, III, página 91: «Notre Premier engagement est à la raison, à la justice, à l'humanité». Igualmente «Réflexions sur les divers génies du peuple romain, dans les différents temps de la République», *Ibid.*, II, 3 y sigs.; «Jugement sur César et sur Alexandro», *Ibid.*, II, 85 y sigs.; El célebre trabajo «Sur la paix des Pyrénées», *Ibid.*, III, 265 y sigs.

(124) SCHIMBERG, A.: *L'éducation morale dans les collèges de la Compagnie de Jésus en France sous l'Ancien Régime. XVI<sup>e</sup>, XVII<sup>e</sup>, XVIII<sup>e</sup>, siècles*, 1913, pág. 519.



cuerpo, so pena de entregarla sin reserva y abandonarla a la Facultad de Medicina». Y no es sólo que se prohíbe la aplicación de este nuevo espíritu a la investigación de la Biblia, y Bossuet logra que desaparezca toda la edición del libro de R. Simon, y que éste sea expulsado del Oratorio, es que incluso no conviene que la teología se enseñe demasiado. He aquí el consejo del Padre Povée a los educadores: «A santo de qué hablar en cátedra de la predestinación, de la existencia de Dios o de la inmortalidad del alma? Todo ello sólo puede hacer nacer en el corazón inquietudes o dudas indiscretas; en verdad es bueno hablar algunas veces de ello, pero se debe hacer como de pasada y sin poner cara de quererlo probar» (125). Pero los amigos de la razón no se arredran. Antes bien, continúan y cada vez más peligrosamente, su camino. La razón incluso debe salir de su aislamiento —del *solum recedo* cartesiano— e influir cada vez más en la vida. Fontenelle aspira a instruir a todo el mundo, incluso a una frívola aristócrata sobre la nueva visión del mundo, obra que por lo demás se queda vieja, apenas se publica. Pero quizá el paso más decisivo lo da Pierre Bayle. En 1681 publica, en Rotterdam, su obra titulada *Les pensées diverses sur la comète*, obra que, como ha dicho J. Devolvé, «no tiene un plan más riguroso que el que hace esperar su título» (126). Un principio fundamental la preside, sin embargo: «Las escuelas de teología, igual que las de filosofía, nos enseñan que no hay que multiplicar los seres ni los milagros sin necesidad (127). De aquí su disposición en tres partes: a), crítica general de los prejuicios, estudiados en sus fuentes; b), estudio del prodigio religioso o milagro, proponiendo, en caso de incertidumbre, someter los hechos de este género al criterio de utilidad moral, y c), como una digresión, la independencia recíproca de la religión y de las buenas costumbres (128). Después de ella siguen sus restantes obras.

(125) SCHIMBERG, A., op. cit., pág. 191.

(126) DEVOLVE, J.: *Religion, critique et philosophie positive chez J. Bayle*, 1906, pág. 45.

(127) P. BAYLE: *Oeuvres*, ed. 1737, III, sect. CCXXIII, pág. 137.

(128) P. BAYLE, *Ibid.*; (a), sec. I-LVII, págs. 1-40; (b), sect. LVII-CXIII, 40-75; (c), sect. CXIV, 75-128. «Les Pensées diverses ont dans l'oeuvre de Bayle une importance très grande. Ce premier ouvrage est celui qu'il a écrit avec le plus de liberté... Nous y apercevons clairement l'indication d'une méthode qui consiste dans l'examen critique des faits

*La critique générale de l'histoire du calvinisme*, en 1682, en donde se afirman los derechos de la conciencia; *Les nouvelles lettres critiques*, 1683, en donde se desarrollan los derechos civiles y morales de toda conciencia, incluso la errónea; las *Nouvelles de la République des Lettres*, a partir del 2 de mayo de 1687, etc. En 1697 publica su *Dictionnaire historique et critique*. El género estaba inventado, y el diccionario de Moreri, cuya primera edición fué de 1670, era ampliamente conocido. En cuanto tal, convenía al genio de Bayle y a las pretensiones de la nueva razón. En el que ahora se publica se manifiestan las cualidades de aquél y algunas de las exigencias de ésta. «Un diccionario es un cuadro elástico, extensible indefinidamente en todos los sentidos. Convenía admirablemente a un espíritu vinculado a los estudios con demasiada objetividad para construir sistema...» (129). Lo que se intenta no es ser sistemático, sino ser exacto. En este sentido Bayle tiene, según ha dicho H. Robinson, todo el amor de un profesor por la exactitud. «No hay juicio que tome de segunda mano cuando puede conseguir el original» (130). La exactitud es la clave de una ciencia histórica que comprenda todo su reino, el profano y el religioso. Con ello, se logrará un triunfo de la mente nueva, se romperán los prejuicios (131). Lo anterior no indica que Bayle no se moviera con sus prejuicios propios, ni que los resultados fueran muy brillantes. Sólo manifiestan su intención y programa. Y las causas que le dieron su difusión.

ENRIQUE GÓMEZ ARBOLEYA

---

servant à dissoudre les préjugés, c'est-à-dire les croyances dont l'origine obscure et multiple est couverte par l'assentiment général ou les affirmations dogmatiques»; DEVOLVE, op. cit., págs. 51 y sigs. Cfr. ROBINSON, H.: *Bayle, the sceptic*, 1931, págs. 16 y sigs.

(129) DEVOLVE, op. cit., pág. 223.

(130) ROBINSON, op. cit., pág. 135.

(131) BELLER, E. A., y LEE, M. du P., jun. (ed.): *Selections from Bayle's Dictionary*, 1952, págs. XXV y sigs. Sobre Bayle mucha bibliografía. Entre ella: DESCHAMPS: *La genèse du scepticisme érudit chez Bayle*, 1878; FAGUET, E.: *Dix-huitième Siècle. Etudes littéraires*, 1890; SMITH, H. E.: *The literary criticism of P. Bayle*, 1902; CAZES, A.: *P. Bayle. Sa vie, ses idées, son influence, son oeuvre*, 1905; DEVOLVE, J., op. cit., 1906; SERRURIER, C.: *P. Bayle en Hollande*, 1913; ROBINSON, H., op. cit., 1931; BELLER-LEE, op. cit., 1932.